

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 65 - Mayo de 2015 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



4

Crónica de una encanada

6

Me robaron, punto y coma

8

En la cancha

12

Yagé

16

Lindas, delgadas, de buen vestir

20

Cuchillas de la Sierra

24

Un jugador del cine

UNIVERSO CENTRO

Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora

– Guillermo Cardona

– Alfonso Buitrago

– David E. Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaria Bedoya

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

– Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

ASISTENTES

– Sandra Barrientos

– Carolina Martínez

Es una publicación de la
Corporación Universo Centro

Número 65 - Mayo 2015

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Parte de paz

Cinco meses duró una tregua dudosa de menos de cinco meses. Y fluyó la coca, estallaron las minas de tierra, jóvenes con sorteo y sin sorteo fueron a la guerra, y en algunas encrucijadas se siguieron encontrando el ejército y las farc. Sin culpa y con ganas. Durante casi dos meses la fuerza aérea suspendió los bombardeos. Oficialmente unilateral, a medias. Extraoficialmente bilateral, a medias.

Las farc rompieron su palabra para ser fieles a la más ferviente de sus ideologías. El comisionado de paz dijo que la muerte de once soldados fue especialmente sentida porque la gente espera resultados de paz de un proceso que va a cumplir tres años. Y tiene razón, porque durante la guerra abierta, sin paréntesis porosos, morían más soldados. Había menos rabia y más patriotismo. Los muertos son muertos durante la guerra y durante la paz provisional. Y rudimentaria. En 2005, cuando la guerra contra las farc se inclinaba a favor del Estado, murieron 717 soldados y policías. El año pasado, con solo once días de tregua, murieron menos de 300 miembros de las fuerzas armadas. Que cada día la opinión lamente más la muerte de sus soldados no está mal. Que Álvaro Uribe diga que le duele la muerte de los guerrilleros de base no está mal. En los últimos días han muerto más de cuarenta guerrilleros, algunos menores de edad.

Negociar la guerra es de algún modo negociar los muertos. Santos y Alape se preguntan para qué más sangre, coinciden en los comunicados. De diciembre a abril la imagen de Santos cayó del 48% al 29%. Y las farc se sostienen en el viejo 96% de imagen negativa. Reducir los muertos no es garantía de apoyo ciudadano, y menos cuando los muertos caen en las veredas y los encuestados están en las ciudades. La paz imperfecta siempre es una ofensa. Y el odio no mira cifras ni llantos. Tal vez sería mejor hablar de proceso que de paz. De los males menores de las guerras, de bandos más débiles contra el Estado, del Estado menos sangriento contra sus males.

Las cifras del Centro de recursos para el análisis de conflictos (CERAC) muestran que los ataques terroristas, los combates y los muertos disminuyeron. Desde 1984 la guerra, esa guerra que es una de otras, nunca había estado tan apagada. Pero para muchos las treguas malas son más dolorosas que las guerras buenas. De-jamos el balance de cinco meses de guerra a medias.

Del 20 de diciembre a comienzos de mayo, además del ataque en Buenos Aires, Cauca, que dejó 11 soldados muertos y 20 heridos:

Se registraron otras 20 acciones violatorias atribuibles a las FARC, con un total de 52 víctimas, 16 mortales (15 combatientes y 1 civil) y 36 heridos (1 civil, 34 integrantes de la Fuerza Pública y 1 militar del Ejército ecuatoriano). Pese a los altos niveles de victimización de combatientes resulta muy positivo que estos hechos no han afectado ni han estado dirigidos contra a la población civil.

También se reportan otros 75 eventos (15 acciones ofensivas y 60 combates), con probable responsabilidad de las FARC, los cuales están pendientes de verificación por parte de las autoridades judiciales.

En general, tanto el nivel de víctimas, como el número de combates y acciones ofensivas de estos cinco meses, son los menores registrados por CERAC desde 1984, comparando este mismo período en cada año, desde entonces. Frente a los promedios históricos se registra la siguiente reducción de la violencia: un 85% de las acciones ofensivas de las FARC, un 73% de las muertes de civiles, un 64% de las muertes de la fuerza pública, y un 55% de los combates con las FARC.

Geográficamente, las violaciones se concentran en los departamentos donde históricamente las FARC han ejercido presencia violenta: Cauca (4), Cauca (4), Putumayo (3), Chocó (2), Antioquia (2), Arauca (1), Guaviare (1), Huila (1), La Guajira (1) Nariño (1) y Tolima (1). La mayoría de estas acciones fueron realizadas en zonas de influencia del Bloque Occidental (7) y el Bloque Sur (6), evidenciando la capacidad operativa de estas unidades guerrilleras y los riesgos que pueden representar en un eventual posconflicto. También es dicente el bajo número de eventos con presunta participación de los bloques Oriental y Magdalena Medio.

En el Caguán se sentaron 37 meses. En La Habana llevan 33 meses sentados. ☪



Fotografía El Nueve

El combate del siglo



Hace algo más de cien años el cartel estaba exhibido en las cornisas de los edificios en Reno, Nevada, y en los titulares de los grandes periódicos norteamericanos: "El Combate del Siglo". Una pelea postergada durante cinco años y anunciada en doce meses de megáfonos, afiches y tablas en las casas de apuestas. Se enfrentaban dos hombres y dos razas, estaban en juego la "supremacía y el honor" de los blancos. James J. Jeffries, antiguo campeón de los pesos pesados, era el retador frente a Jack Johnson, que había ganado el título un año antes en Sidney. Un blanco hurao que cuidaba su granja de alfalfa versus un negro juerguista y risueño que andaba con una guardia de chicas blancas y un canasto lleno de perros cachorros. La revista *Harper's weekly* describía con acierto la pelea del siglo y las del siglo por venir: "Ya no se conoce a los héroes del cuadrilátero como 'El rayo humano' o 'El ciclón luchador'. En vez de eso se refieren a Jeffries como 'la esperanza de la raza blanca' y a Johnson como 'el libertador de los negros'. Cuando los pugilistas, sea cual sea su talla o capacidad, son presentados al público de ese modo solo queda un paso hasta los 'Luchadores multimillonarios'".

Jack London, escritor estadounidense, autor de *El llamado de la selva*, fue uno de los cientos de cronistas que viajaron a Reno para comentar la pelea. En la semana previa al campanazo inicial sus crónicas en el *New York Herald* se dedicaron a describir el ambiente plagado de celebridades, aficionados y apostadores. "Es el combate de combates, el culmen del boxeo y quizá la última pelea grande que tendrá lugar jamás". London, en la primera de sus doce entregas, describía el ambiente en Reno: "Todos los trenes, ya vengan del Este o del Oeste, traen a aficionados, a seguidores de los combates o a los inevitables corresponsales. (...) Todo el mundo está llegando a Reno. Uno vuelve

a encontrarse aquí, en la metrópolis de Nevada, a todos los hombres que ha conocido en cualquier lugar de la tierra. Están todos aquí."

Jeffries se había negado a pelear con un negro durante su reinado de seis años, defendía la "barrera de color" que separaba a los hombres hasta para juntar sus puños y su sangre en el ring. "Ningún otro campeón de pesos pesados se ha enfrentado a un hombre de color por el título, y le digo sin rodeos que no seré yo quien imponga esa moda. Mientras haya hombres blancos contra los que luchar defenderé mi título; de otro modo, me retiraré".

En 1905, con treinta años de edad, Jeffries bajó del ring como campeón invicto. Cuando Johnson se perfilaba como el próximo monarca de los pesos pesados, los periodistas le preguntaron por un posible combate entre los dos y el hombre, que de vez en cuando trabajaba en una especie de circo ambulante luego de su retiro, dejó caer una razón clara: "Si ese renegrido pasa por aquí y me desafia a luchar, lo cogeré del cuello y lo echaré a patadas". Cinco años después terminó aceptando el desafío acorralado por la presión del público y las promesas de los empresarios. Los negros eran solo fuerza bruta, y él se sentía una especie de filósofo con músculos suficientes para pasar a la acción. El mismo Jack London lo retrató con reverencia luego de estrecharle la mano en una ocasión: "A su modo, es un hombre de hierro, simple, callado, reposado, cerrado. Un hombre de pocas palabras es normalmente un pensador, y que Jeffries no le espete al primer recién llegado todo lo que sabe no significa que no esconda mucho conocimiento tras esos ojos negros escrutadores". Así que mientras en sus entrenamientos reinaba el silencio, la concentración y los escupitajos como máxima elocuencia, en el tinglado de Johnson todo era ruido y alardes, carcajadas y música. Jack London describe a un Johnson más parecido al dueño de un café exitoso y sórdido

por PASCUAL GAVIRIA

–que en efecto lo era– que a un boxeador en trance de exponer su corona: "En sus instalaciones, Johnson siempre es el centro de atención. Normalmente él es quien entretiene, bien tocando música, bien jugando, presidiendo concursos de chistes o contando historias".

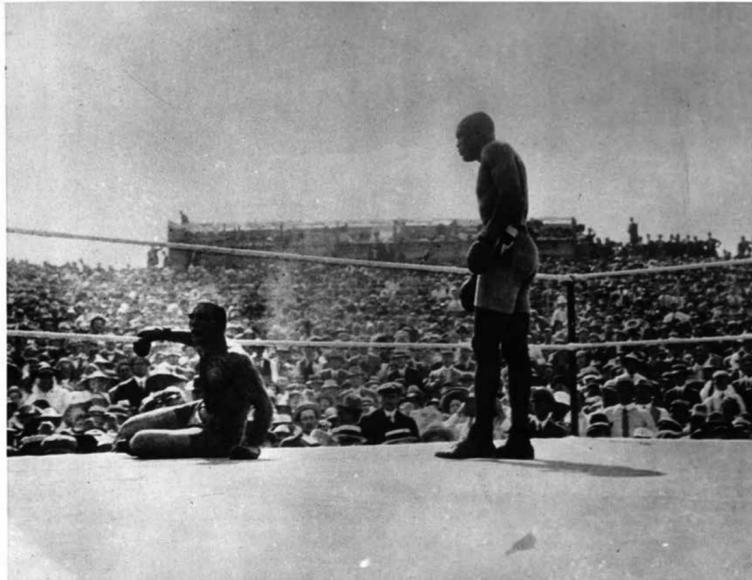
Billy Jordan, el juez del encuentro, gritó "¡Vamos!" y los hombres comenzaron con los golpes sin el amistoso choque de guantes que exige la cortesía. Los cronistas se dolieron de la ausencia de esa importante señal de civilización para un deporte señalado tantas veces como bárbaro. En el segundo asalto Jeffries no pudo resistir la risa permanente de Johnson, que no dejaba de mostrar sus dientes de oro, y en contra de su temperamento dejó caer una forzada sonrisa. En el cuarto apareció la sangre para adornar la risa de Johnson y en el quinto, la sangre de Jeffries. La esperanza blanca ya no tenía la rapidez de antes y Johnson se dedicó a responder con un ataque cada grito ofensivo desde la esquina de su rival. Palabras hirientes versus golpes hirientes. En el décimo asalto, con un Jeffries cansado y sangrante, London perdió las esperanzas como apostador: "Yo me negaba a ver ese final, porque había apostado por Jeff y tenía grandes esperanzas". Luego de 15 asaltos, tres caídas, el labio roto, un hilillo de sangre que salía de la nariz, un corte en el pómulo izquierdo y el ojo izquierdo de Jeffries cerrado por el castigo, la pelea terminó. La mayoría de los aficionados gritaban: "Que no lo noquee el negro, que no lo noquee el negro". Fue inevitable, Johnson ganó sonriendo como de costumbre.

Como ha sucedido tantas veces en el boxeo la lucha en el cuadrilátero fue inferior a la puesta en escena y la expectativa. London resumió la pelea en un

párrafo sencillo: "El combate más grandioso del siglo ha sido un monólogo que un negro sonriente, que no ha dudado ni un segundo, y que no ha tenido que ponerse serio más de una vez, ha ofrecido a 20.000 espectadores". El triunfo de Johnson desató disturbios de modo que el 4 de julio de 1910 se celebró con incendios, decenas de muertos y cientos de heridos.

Los ecos de Reno prendieron las hogueras raciales en las ciudades del sur. Baltimore marcaba desde entonces una especie de frontera política frente a los conflictos entre blancos y negros en los Estados Unidos. Desde sus límites hacia el sur la proyección del combate encontró todas las barreras que imponían políticos, cristianos y policías. Los empresarios del cinematógrafo habían invertido doscientos mil dólares para grabar la pelea y pretendían recoger más de un millón en sus proyecciones por todo el país. Sin que existieran leyes, alcaldes y gobernadores prohibieron la reproducción del combate. Antes del triunfo de Johnson nunca se había impedido en Estados Unidos la proyección de peleas de boxeo, aunque en muchos estados el deporte era ilegal. Algunos llegaron a proponer incluso que los periódicos no pudieran publicar fotos del combate. El presidente Roosevelt, que había dejado su cargo hacía un año en medio de una gran popularidad, también terció en el debate. Era un entusiasta del boxeo y lo describía como un "pasatiempo para resaltar los valores morales y físicos". Pero algo no le gustó del resultado de la pelea y comenzó a ver cierta degeneración y peligro en las aglomeraciones alrededor del ring. Lo dejó claro en una columna para la revista *Outlook*: "El juego y las apuestas sobre el resultado son completamente enfermizos, y la grabación de este proceso ha producido un nuevo método de ganar dinero y de corromper. Además, la última competición ha provocado un infeliz despliegue de animadversión racial (...). Sería admirable que se pudiera idear algún método para impedir la exhibición de las imágenes tomadas en ella". Nueve estados y más de cuarenta ciudades firmaron decretos para evitar que "la humillación de la raza blanca" fuera un espectáculo. Las objeciones de los moralistas y el pánico de los racistas impidieron que la pelea se viera contra los telones de los cines. Baltimore exhibió las más fuertes declaraciones de su jefe de policía y su obispo. Ahora el boxeo es cosa de las revistas del corazón y la publicidad de carros y relojes. Pero las peleas siguen entre blancos armados y negros enardecidos en las calles de Baltimore.

Johnson siguió reinando y se opuso a pelear contra rivales negros alegando que eso no era lo que quería ver el público. Luego forzaron una ley penal relacionada con la prostitución para convertirlo en delincuente y se fue a Francia. Unos años después perdió su título en una pelea menor en Cuba. Hubo que esperar hasta 1937 para que un negro volviera a disputar un título. Joe Luis era su nombre. ☪

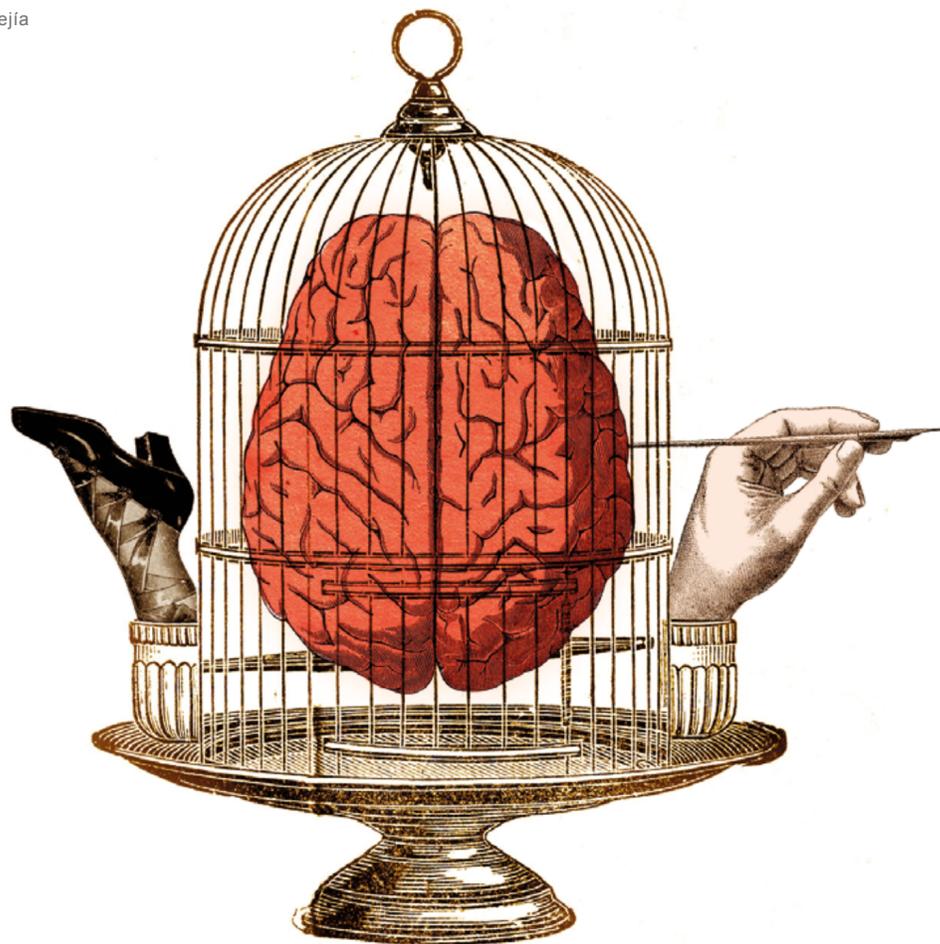


CRÓNICA DE UNA ENCANADA

por ANDRÉS BURGOS

I fought the law and the law won

Ilustración: Titania Mejía



Un policía de cara alargada y gesto burlón, que de forma inexplorable lograba también mostrarse paternal, se acercó a la reja y empezó a llamarnos, uno a uno, con gritos medidos.

—¡Patiño, Ómar!

—¡Acá!

—¿A usted dónde lo agarraron?

—En Chapinero.

—Por andar culiando, ¿no?

La carcajada de los sesenta detenidos opacó la respuesta del interpelado, quien sin perder el humor dijo que ni siquiera había alcanzado a eso. En adelante la tónica fue más o menos la misma con el resto de los integrantes del grupo. Nos había correspondido un pabellón de unos treinta metros de largo, de una única entrada —el lugar de los policías—, flanqueado por muros altos con techo de eternit y un fondo oscuro y alejado del control de los vigilantes, donde había un calabozo de castigo y unos baños que anunciaban su presencia al olfato desde la distancia.

—¡Burgos, Andrés! —me llegó el turno.

—Presente.

—¿Está aquí por culión?

—No, por güevón.

Y era verdad. Se trataba de la primera vez que iba a La Cascada y no lo había hecho impulsado por el deseo de entrar en comercio carnal. Me envié allí el ocio del típico enrumado que quiere continuar la fiesta después de la hora legal para los lugares públicos. “Allá cae todo el mundo cuando cierran en otras partes”, me habían dicho. Ah, bueno, y también había cierto morbo literario de escritorillo dispuesto a conocer, aunque sea de pasada, la película que brindan los habitantes del lado oscuro de una ciudad como Bogotá,

donde en ese 2005 llevaba pocos meses viviendo como inmigrante novato. Pero no había tenido en cuenta un detalle: si entraba en contacto con estos personajes también corría el riesgo de tener que compartir sus aventuras.

Eso efectivamente sucedió cerca de las cinco de la mañana. El punto más alto de la rumba lo dictaban en conjunto el reguetón y una selección impresionante de mezclas de house de los ochenta. Travestis, putas, ladrones, poetas y uno que otro desocupado del ambiente alternativo capitalino bailaban hermanados cuando llegó la policía y mandó a parar.

—¡Todos al camión, hijueputas!

Amontonados como reses apenas nos podíamos sostener de pie en los giros bruscos que daba el vehículo policial, que a esa hora, con la troncal de la Caracas vacía, parecía querer averiguar cuál era la máxima velocidad posible con carga completa.

El recorrido terminó en Puente Aranda, en lo que a mí, un novato en líos judiciales, me pareció una estación de policía común y corriente. Un tipo que venía a mi lado controló el temblor nervioso de su mandíbula, producto del exceso de cocaína, para desmentirme.

—¡Mierda, nos trajeron a la UPJ! Acá sí son estrictos con las 24 horas de arresto.

Nos filaron en un patio cuando ya el sol empezaba a rayar sin consideración con nuestras pupilas debilitadas. Algunas voces de protesta se dejaban oír para preguntarles a los agentes del orden por qué estábamos allí, decir que no habíamos hecho nada, que la culpa era del local y no de nosotros, o invocar el *habeas corpus* con voz aguardientosa. Los uniformados nos miraban con expresión de “no digan maricadas”.

Adelante de mí un travesti negro apoyaba el peso de su cuerpo en unos tacones que lo elevaban una cabeza por encima de mi estatura. Se giró e hizo un rápido recorrido por mi figura de niño bueno, con gafas de tipo que asiste a cineclubes y camisa de metrosexual.

—¡Qué rico! —dijo, y me acarició la entrepierna.

—No seas ocioso, hijueputa —fue lo único que se me ocurrió responderle—. Son las seis de la mañana, nos acaban de detener, no sabemos qué va a pasar... ¡y vos en éstas!

—Uy, es paisita y todo...

La relación no tenía futuro, así que opté por olvidarme de mí y volver su mirada al frente. Un par de minutos después, los policías nos ordenaron que armáramos dos filas. Una para los hombres y otra para las mujeres y los travestis. Mi pretendiente se despidió de mí no sin algo de melancolía.

Ahí quedé completamente solo. Hasta ese momento contaba con dos amigos como acompañantes, lo cual desde el punto de vista práctico no resulta recomendable para salir de rumba, por lo menos en Colombia. Si uno no va en

plan de hacer un *menage a trois* —lo que infortunadamente no era mi situación y en cuyo caso me hubiera ido directamente a la casa—, es poco conveniente ser el único hombre si el número de mujeres te supera. Esta desigualdad llevará a que los borrachos babosos se animen a acercarse a ver qué hay para ellos, a tener que asumir cierta responsabilidad de género si al subirse al camión a una de las acompañantes se le sale el diablo y le da por gritar “los voy a matar, tombo hijueputas”, o a verse en evidente desventaja si se termina compartiendo celda con un montón de desconocidos que están todos en grupo.

Afortunadamente alcancé a hacer un par de llamadas desde mi celular antes de que me lo quitaran cuando me obligaron a pasar frente a un escritorio, que precedía y vigilaba el pabellón donde nos meterían. Iba con otros dos detenidos, en cumplimiento de un ritual que se había repetido antes y que volvería a hacer después en la fila. Siguiendo las órdenes, tiramos las correas y los cordones a una caneca, nos emplotamos y pusimos la ropa al frente; luego extendimos los brazos a los lados y nos acuchillamos. Recibimos el visto bueno después de que un agente revisara nuestros atuendos, y corrimos, con la ridiculez propia de quien lo hace desnudo, a vestirnos dentro de la celda.

Y de ahí en adelante a esperar, a ver cómo se consumían las horas, larguísimas, ¿ocho, diez?, sin ser requeridos dentro del manójo de afortunados a quienes dejaban ir por ser menores de edad o porque tenían un primo con contactos que los sacaba. Menos mal que el conjunto, sin ser selecto, no se manifestaba aterrador y había pocas posibilidades de que alguno de ellos me atacara. De todos modos opté por quitarme las gafas. No quería ser el único de lentes allí. Gracias a esta decisión, percibí con un toque impresionista todo lo que sucedió al final de la tarde, cuando nuestro pabellón empezó a albergar nuevos inquilinos.

—Ahí llegaron los ñeros y los que agarraron en Ciudad Bolívar —dijo a la nada alguien que no identificué.

Efectivamente, decenas de individuos con pinta posnuclear, blindados con trapos sucios y capas superpuestas de mugre sobre la piel, entraron a chuparse la luz de la celda, que ya escaseaba como fuente natural de iluminación y requería del apoyo de unas lámparas de neón. Eran grandes los ñeros, ¿no se supone que deberían estar subalimentados?, ¿acaso es que el bazuco hace crecer? Uno de ellos se paseó de un extremo a otro del galpón tanteando el terreno con deleite.

—¡Esto parece un sitio de caciques! ¡Mucha grasa acá!

¿Grasa? ¿Eso qué quería decir? ¿Se refería a nosotros, los ocupantes originales de la celda? Seguramente que sí, porque mostraba mucho respeto hacia los otros que habían llegado con él y no

eran indigentes, unos tipos jóvenes y de ropa ostentosa que venían en grupos de cinco o seis y seguían a líderes calcados, rebosantes de seguridad, que caminaban desafiantes sin mirar a nadie como no fuera para intimidarlo.

No creo que haya que ahondar en el miedo que a estas alturas me poseía. Juré que me cagaría en los pantalones antes de entrar al baño. Me recosté con la espalda apoyada en una pared, cerca de un grupo de gordos malencarados, con la esperanza de que el resto me tomara como parte de su manada. Le busqué conversación al que estaba más cerca.

—¿Hermano, usted también andaba en La Cascada?

—En Club Linares, güeliendo perico y culiando con las sucias.

Le di vueltas a las hipotéticas actitudes que podría asumir en caso de que alguien me abordara para robarme y maldije no haber hecho relaciones duraderas con el grupo de técnicos de televisión, de Caracol o RCN, no recuerdo, quienes además de lamentarse porque su ausencia en la grabación de ese día seguramente les costaría el puesto, se dedicaban a contarle a todo el que quisiera oír cuáles presentadoras de farándula eran lesbianas o periqueras, por ejemplo...

De repente el ambiente se caldeó. Casi literalmente. Resulta que un pillo hiperactivo decidió aprovechar las botellas plásticas vacías, que abundaban desparramadas por el suelo, para preparar una receta de su propia inspiración: ñero asado. Las acumuló bajo un bulto de mugre y *deadlocks*, que dormía acurrucado en una de las bancas metálicas que nos alojaban, y procedió a prenderles fuego. Esto obligó a un policía a entrar, furioso y bolillo en mano, para apagar el incendio y llevarse al infractor a la parte de afuera de la reja. Lo esposó allí con una mano en alto. A todas estas, la víctima no estuvo ni siquiera cerca de despertarse.

¿Qué mierdas andaba haciendo yo ahí? ¿Por qué me había metido en una situación tan adolescente? Ya no estaba para esos trotes, las botas con platina y los conciertos *underground* habían quedado atrás hacía rato. Si no había sido en ese entonces, estas ya no eran horas. Con mi edad se correspondían ahora los planes de vino, película en video y entrepierna bajo las cobijas. Y a cambio estaba allí, en medio de efluvios solapados de bazuco y orines, tratando de dilucidar la forma menos patética de evitar gritarle al pabellón que era una presa fácil.

Mantuve conmigo una botella plástica llena de gaseosa, aun a sabiendas de que semejante arma tendría la misma contundencia de un chipote chillón. Quizá la punta minúscula de mi llavero enviaría una señal, a lo mejor su brillo lanzaba una advertencia a medida que me dedicaba a pelar la pintura de una banca para escribir mi apellido...

La noche, ya venía la noche. Con gusto me hubiera puesto a llorar, pero era demasiado conciente de que eso habría resultado peor.

Fue ahí cuando llegó el momento por el que jamás creí que pasaría: envié a alguien que se llamara Freddy, o Elver, o James. Un grito, con ese acento único que tienen los guardianes de la ley, encajó perfecto en uno de los extraños silencios que dominan por centésimas de segundo a las multitudes bulliciosas.

—¡Andrés Felipe! ¿Quién es Andrés Felipe?

No se hizo esperar la hilaridad de la multitud, que a la sazón llegaba a las doscientas personas (sí, había tenido tiempo de contar). ¡Andrés Felipe! Qué inofensivo, de puro niño de colegio privado, alimentado con leche y no con aguapanela. Qué maricón le sonó mi nombre a todo el mundo, al punto de que ese fue el *leit motiv* de los chistes y las imitaciones paródicas del llamado durante el minuto siguiente. Fueron sesenta eternos segundos en los que tuve que reunir fuerzas para acudir, con la cabeza gacha y el paso apurado, hasta la reja. Quizás allí estaba mi salvación.

Mucho más largos resultaron los diez minutos en los que el policía me hizo parar junto al asador de ñeros, quien me llamaba por mi dos nombres completos y me pedía plata cuando se cansaba repetir, entre dientes, que iba a matar al tombo que lo había esposado. Al fin volvió el agente por mí y me informó que, gracias a las gestiones de un mayor muy importante, amigo de un primo de un compañero de trabajo de un amigo mío, mi cautiverio y el de mis cómplices femeninas había llegado a su fin.

Lancé para mis adentros un viva a las palancas, una oda a la relatividad en la aplicación de las leyes, un agradecimiento al destino por no ser de los de ruana, al menos en esta ocasión. Firmé dos o tres planillas, reclamé el celular, dejé los cordones y la correa, y me encaminé a la salida siguiendo los pasos del policía.

—¿Usted a qué se dedica? —me preguntó.

—Soy periodista —en realidad asumo esta parte de mi título profesional solo cuando me veo en problemas con las instituciones.

—¿Y qué estaba haciendo ahí?

Mi impotencia para darle una explicación coherente lo animó a burlarse de mí.

—¿Aprendió la lección?

Sonaba un poco ridículo pero la respuesta era más que afirmativa, mi sargento. Las estadísticas no deberían ser muy favorables en lo referente a la capacidad del sistema penitenciario colombiano para reformar al individuo, pero estaba seguro de que conmigo lo había logrado.

A lo mejor fui el primero. ☪

Me robaron, punto y coma

S alimos de Carlos E. a las cinco pasadas. Era un domingo con partido del Medellín contra un equipo que no recuerdo. Caminábamos por ese pequeño parque de los almendros junto a la calle Colombia, cuando vimos dos manes con camisetas del DIM que bajaban por la calle de la bomba Texaco. Yo seguí sin paranoia y mi exnovia me dijo: "Esos manes están raros". Después de cruzar la calle ya nos punteaban en los estómagos con sus navajas y nos pedían todo lo que lleváramos encima.

El primero corrió con la cartera de mi ex y el segundo, con gafas Oackey y una cresta trenzada, forcejeó con mi maleta unos segundos hasta que la zafó de mi hombro y emprendió la huida. Un amigo que estaba cerca y se fumaba un porro me reconoció, trató de ayudarme y casi ataja al ladrón; yo lo perseguí unos metros hasta que se me soltó haciendo fintas con su navaja en el aire, cogió por el puente de Colombia y se perdió en las calles del Centro.

Mi ex perdió el celular y la billetera con todos sus documentos, yo perdí mi celular (de baja gama) y mi morral, en el que tenía dos libros, una colección de fanzines, una libreta y algunos aerosoles. Nos despedimos de mi amigo, que se había tragado todo el humo de su baretto de un solo pitazo y se disculpó por no haber logrado la captura. En la casa hablamos del robo y cancelamos lo que se podía, mi celular lo dejamos quieto pues no valía la pena hacer nada por él.

Pasaron dos días y después de pensarlo mucho marqué a mi celular con la vana esperanza de que alguien respondiera, más jugando al detective que otra cosa. La primera vez colgaron, insistí dos veces y lo apagaron. Perdí las esperanzas de algún contacto futuro. Al día siguiente intenté de nuevo, por ocio y por seguirme el juego. Me respondió la voz de un joven como de veinteaños, le pregunté si ese celular era de él y me respondió que se lo había comprado por cuatro mil a un amigo del barrio. Le dije que ese celular era mío y que me lo habían robado, pero que no importaba, que necesitaba sobre todo unos libros que estaban en el morral. La voz dijo que sabía dónde estaban esos libros y quién los tenía. Un poco asustado por el juego y haciéndome el negociador le dije que yo le podía dar una plata si me ayudaba a conseguir los libros. Me respondió que iba a ver qué podía hacer y que lo llamara al día siguiente para ver cómo eran las cosas.

Pensé en qué iba a hacer si de verdad recuperaba los libros. Uno era de la biblioteca de Eafit, la antología de los quince años de la revista La Hoja, que debía pagar entero si no lo regresaba en menos de una semana; el otro era mío, *Arqueología del saber*. Entre los dos sumaban más de cien mil pesos, ¿cuánto le tenía que dar al dueño de la voz para que me los devolviera? ¿Sabría la voz algo sobre esos libros? Imaginé a los ladrones sacando las cosas de mi morral, riéndose de ellos mismos porque no encontraron un computador o una cámara, o riéndose de mí porque tenía unos aerosoles, unos fanzines y dos libros. ¿Leerían mis libretas?



por SANTIAGO RODAS

Ilustración: María P. Restrepo

Llamé al otro día a las seis de la tarde. La voz me contestó, dijo que tenía los libros, "los folleticos" (esos debían ser los fanzines) y el morral, y que me podía devolver el celular. Yo le dije que le podía dar "cincuenta lucas", que era todo lo que tenía y la voz dijo que sí, sin pensarlo mucho. Le respondí que nos viéramos por el Teatro Pablo Tobón como si todo fuera un encuentro de dos amigos que se conocen de tiempo atrás; estaba nervioso, pero me hacía el fuerte. La voz dijo que sí, luego se calló y se escuchó el sonido ambiente de una calle por donde pasan muchos buses. Otra voz, de la misma edad pero un tanto más gruesa, replicó: "Por allá no que hay muchos verdes". Yo, que no esperaba otra voz, dije tragando saliva que entonces nos viéramos en el parque de Boston. La nueva voz que ya se había apropiado del celular dijo que sí, pero que dos cuadras arriba, y me explicó: "donde hay una panadería en toda la esquina, por donde bajan los buses". Le dije que listo, que en una hora nos viéramos allá. La voz dijo: "De una pa, vaya solo o no respondemos". Y colgó.

¿Sería una emboscada? La voz nueva era más agresiva que la primera, tal vez serían los mismos ladrones para quitarme lo que esa vez no pudieran, o apuñalarme igual que hicieron con el aire el día de nuestro encuentro. Me asusté y decidí tomar algunas medidas preventivas. Cuadré con dos amigos para que me acompañaran y fueran mis guardaespaldas a lo lejos.

Con ellos me sentía menos solo, pasara lo que pasara ellos podían intervenir. Subimos por el Pablo Tobón y vi algunos policías haciendo requisas, seguimos hasta el parque de Boston y una cuadra antes de separarnos les entregué mi billetera y mi nuevo celular (de baja gama), me quedé con los cincuenta mil del pago en el bolsillo y un lapicero. En ese momento pensaba que alguna vez escribiría toda esta historia, si salía bien librado, claro.

Subí por la cuadra del costado izquierdo de la iglesia, caminé buscando el punto de encuentro, dos, tres cuadras, pero no vi la panadería ni a nadie con cara de estar esperándome. Pensé que se habían burlado de mí o que en cualquier momento me abordarían por la espalda para robarme por segunda vez. Llamé del minuto a 200 de una tienda a mi primer celular y me contestó la primera voz: "Cucho, ¿usted dónde está?", intenté explicar mi posición y la voz me dijo: "No, pa es por la cuadra por la que bajan las busetas verdes, derecho por el colegio que hay ahí, yo estoy de rojo". "Ya cago", le dije.

La palabra rojo me hizo pensar en el Deportivo Independiente Medellín. Podía estar hablando con los mismos que me habían robado, era una emboscada fija, pensé. Busqué con la mirada a mis amigos pero no los vi por ningún lado, seguramente se habían perdido en medio del seguimiento. Ahora iba solo, sin ser muy consciente, con el piloto automático que me imponía el miedo.

Caminé por la cuadra indicada, vi la panadería en la esquina y alguien con una camisa Dada roja me hizo señas con las manos. Me dijo que lo siguiera y doblamos por la esquina hacia la izquierda. La panadería tenía una puerta de ese lado y nos alumbraba con sus lámparas; me tranquilicé un poco. El hombre de rojo me preguntó si estaba armado y respondí que solo tenía un lapicero y se lo enseñé. Era la primera voz. Me señaló con el dedo a su amigo que estaba una cuadra más arriba y que yo no había visto: "Por si usted hace algo, ahí está mi parcerito", me previno. Seguramente era la segunda voz. Me dijo que le entregara la plata y obedecí. Dos de veinte, dos de cinco. El de la primera voz, que ahora tenía rostro y no era quien me había robado, lo cogió con la mano, lo miró, lo contó y se los echó al bolsillo. Sacó de su morral una bolsa plástica blanca con pedazos de fresa pegados del fondo y me la entregó. Al recibirla, el peso de los libros me tranquilizó. Nos quedamos unos segundos en silencio como si los dos pensáramos: ¿Esto fue todo? Después de quince segundos interminables, algo tenso le dije: "Todo bien", y doblé por la esquina sin mirar atrás.

Bajé por el parque de Boston para recuperar el aliento y sentirme protegido por el revoloteo de la gente a esa hora. Mis amigos no estaban por ninguna parte. Miré la bolsa sucia de fresas e imaginé que el hombre de la camisa roja de Dada, la primera voz, vendía fresas en las mañanas en un balde rojo. Me reí por dentro, intentando sacudirme el miedo que me quedaba y me repetí que sería una buena historia para escribir. Se habían quedado con el morral, los aerosoles, las libretas y el celular. Saqué los libros enteros y los fanzines. Ya no tendría que pagar la multa por La Hoja y podría seguir leyendo a Foucault con calma y sin entenderlo del todo.

Eran las siete y media de un miércoles con partido del Nacional contra un equipo que no recuerdo. Una cerveza en el parque del Periodista, la bolsa blanca con fresas pegadas, los libros y los fanzines, serían lo mejor para esperar a mis amigos perdidos y preocupados. ☹

DETRÁS de la ALCANCÍA
esta la UTOPIA

VIGILADO SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA

Línea Confiable 444 1020 • www.confiar.coop

Sócrates

de los sueños de Violeta y las aventuras de Garabato

Montaje teatral de la Universidad de los niños EAFIT
Recomendada para niños, a partir de 10 años de edad, jóvenes y adultos

Dos únicas funciones
Viernes, 29 de mayo de 2015
3:00 p.m. y 7:00 p.m.
Teatro Pablo Tobón Uribe

ENTRADA LIBRE con boleta
Boletería disponible en las taquillas del Teatro y en el Parque Explora

parque explora MEDALLIN
TEATRO PABLO TOBÓN URIBE
UNIVERSIDAD DE LOS NIÑOS EAFIT

En la cancha



Uno
Ayer hubo tormenta en Medellín. Una granizada que tuvo como epicentro las comunas 5, 6 y 7, en el noroccidente de la ciudad. A mitad de la tarde del último miércoles de octubre de 2014, un lluvioso ventarrón se convirtió en un traqueteo ensordecedor sobre los tejados, en un rodar de piedras blancas, en un fragor de truenos y relámpagos. Vientos de cien kilómetros por hora derribaron árboles y arrancaron techos. Bolas de hielo del tamaño de canicas agujerearon tejas y se acumularon en los antejardines. Litros de agua se colaron por las grietas y mojaron electrodomésticos, muebles y colchones que ahora descansan en las esquinas a la espera de que el camión de la basura pase a recogerlos, junto a montones de hojas de árboles masticadas por el hielo y la ventisca.

Hoy, a metros de la cancha La Maracanán —barrio La Esperanza, comuna 6—, dos tipos comentan los daños: “En ningún depósito hay tejas, todo el mundo se levantó a arreglar el techo”, dice uno de ellos, Pedro, un tipo en jeans y camiseta que debe rondar los cuarenta.

En esa tienda hubo, hace muchos años, una bananería que proveía a toda la zona cuando doscientos de bananero hacían un racimo. En esa esquina nació, hace muchos años, un combo, ‘Los Bananeros’, ahora conformado por quince o veinte pelados, muy jóvenes, medio locos, dañinos, que tienen control absoluto de esa callejuela, según me contaría semanas después Carlos Arcila, vocero de la Mesa de Derechos Humanos del Valle de Aburrá. En esa cuadra es “donde pasa de todo”, dirá luego un vecino; y también que Pedro, a quien se ve caminando por ahí como quien no tiene nada que hacer, es un

“pagadario”: “Él no está enredado con nada pero es un prestamista. Hay muchos. Los fines de semana uno los ve borrachos, botaos, pero no son malos”; amenazan, sí, pero entonces el deudor recurre a las “últimas formas de pago” y le hace visita al prestamista con el televisor a cuestas.

A veces La Esperanza y su cancha salen en las noticias. Cuando, por ejemplo, aparece un cadáver descuartizado, o dos, o tres, como sucedió en septiembre. O cuando hay una masacre como la que ocupó los titulares a mediados de 2012, provocada por una riña entre dos pelaos. “Ellos hacen encuentros de paz, pero no tienen cómo ser amigos porque aparece un culicagaíto que se cree muy duro y caga el tropel”, opina un habitante. “Falta de mando”, diría más tarde un líder, aunque en teoría todos están sujetos al llamado “Pacto del Fusil”, una suerte de tregua entre mandamases.

El comandante de la Policía responsabilizó de la masacre a Los Cachorros, un combo nuevo, conformado por veinte o treinta muchachos que dominan, bajo la influencia de un combo mayor, el otro lado de la cancha. El ataque fue contra Los Bananeros. Además de esos, otros combos —menores y mayores— mantienen feudos en las comunas 5 y 6 y establecen fronteras invisibles que pocos se atreven a franquear. Pero en La Maracanán, epicentro de la actividad del barrio, límite simbólico entre tres comunas, todos parchan, se traban y se emborrachan, juegan parkés o cartas, hacen frijoladas y sancochos.

La Maracanán es más que una cancha. Le llaman —la administración y los líderes cuando toman prestado el discurso de la administración— “Núcleo de vida ciudadana”, porque allí está todo: la cancha, una iglesia, un colegio, dos escuelas, dos jardines infantiles, la biblioteca, un teatro al aire libre,

por PAULA CAMILA O. LEMA

Fotografías: Sergio González

Me escapo de las manos alegres del barrio que me quieren tocar.
 Helí Ramírez

un auditorio, varios salones para la decena de organizaciones sociales —deportivas, artísticas, culturales— que tienen allí su sede, un parque infantil, terrazas, árboles, y una sede comunitaria donde hacen de todo, desde bingos de la iglesia hasta reuniones de los grupos de la tercera edad. También hay un edificio construido en los años ochenta, después del primer proceso de desmovilización que hubo en Medellín —según me diría más tarde un líder—, para una cooperativa de trabajo que habría llegado a ser muy importante si no hubiera conseguido “ladrón propio”, y que ahora mismo están reformando para convertir en subestación de policía. Afuera del inmueble, cubierto temporalmente con tela verde, dice Castilla. Un letrero que lleva ahí cerca de quince años, aunque esto, en rigor, no sea Castilla.

A esa zona en teoría neutral, una noche de julio de 2012, llegaron dos tipos en moto y dispararon indiscriminadamente mientras se jugaba un partido de fútbol. Seis heridos y cinco muertos, entre ellos dos menores de edad. “La alegría de La Esperanza no muere”, tituló un periódico local, y otro ubicó el barrio en la comuna 5, Castilla, aunque la administración de la ciudad establece que pertenece a la comuna 6, Doce de Octubre. Dicen los líderes del barrio, dicen los registros históricos, que La Esperanza es

lo que hay entre las carreras 72 y 85 y las calles 96 y 97. En el mapa sectorizado rural del Municipio se pueden ver 54 manzanas, comprendidas entre las carreras 76 y la 72 y las calles 93 y 99. Si uno se descuelga, digamos, por la 96, una de las calles que bajan derecho desde la carrera 80, puede ver, enfrente, las casas y ranchos de la comuna 1, punticos como estrellas en la gran superficie de la montaña, si, digamos, es de noche y el cielo está despejado.

Menos de un mes después de la masacre, tres presuntos responsables fueron detenidos. Y hubo retaliación, claro. “Cuando los cogieron ya sí chillaban. Que ya, que ya. ¿Que ya?”, cuenta Pedro, quien al enterarse de que busco a un conocedor del barrio me manda para donde John, que en este momento debe estar en “la corporación”, a la vuelta.

La corporación queda al lado de un localito con media docena de máquinas tragaperras, atendido por dos señores peliblanco. Es un salón grande, con grandes columnas, las paredes tapizadas de volantes, fotos de la vida comunitaria, avisos institucionales. En una de las alas de la puerta de vidrio un cartel reza: “Juntos somos MÁS, solos no somos NADA”. “La comuna 6 —dice el Plan de Desarrollo Local Comuna 6 2006-2015— ha sido reconocida por el nivel y trayectoria de organización comunitaria. [...] Comparativamente con las demás comunas de la ciudad, se ha identificado en el pasado y en el presente por su vida organizativa”.

Adentro está John, sentado ante un escritorio, chuzografiando, un poco sudoroso: “Papi, ¿usté qué?”, le pregunta a un viejo. “Se me dañaron las tejas de la cocina”, dice el señor. “Papi, deme el teléfono. Deme la dirección, papi”. “A usté qué me le pasó, mami”, le dice a una señora: “Se me rompió un pedazo de la teja intriga”. Desfilan, uno tras otro, señoras y señores, y John suda, pregunta, y más tarde dice, para todos: “Somos del Comité Local de Emergencias de la Cruz Roja y estamos haciendo reporte de los daños; la Cruz Roja está en el territorio, pero no esperen que la ayuda —tejas, frazadas, colchonetas— llegue ahí mismo”.

John es bajo, macizo, ya no juega fútbol como antes. Su papá, un fabricante de calzado, llegó a Castilla cuando él tenía cuatro años. Ahora tiene 42 y un hijo de 18 más moreno y alto que él. Dice que siempre ha sido empresario: tuvo una fábrica de arepas y otra de



zapatos, una miscelánea, una boutique y un bar restaurante, y fue socio de una farmacia. La farmacia quebró, y la boutique la cerró porque tuvo un problema con unos manes: “Por aquí hay unas gonorreas que eaa”, dirá más tarde.

John sonrío, es efusivo con conocidos y desconocidos, no deja que se le descargue el celular porque alguien puede necesitarlo. Estudió poco pero sabe hacer cosas. Puede, por ejemplo, armarle un chifonier modular a una vecina medio puta en más o menos tres horas. Hace quince años un amigo de toda la vida lo involucró en el trabajo social, y ya lleva un lustro administrando la corporación.

Como no puede atenderme ahora, me presenta a un tipo al que le dicen ‘Mecato’, treintaero tranquilo con apariencia de muchacho, habitante de toda la vida del barrio. Lo llaman así porque a veces saca una chaza y vende cigarrillos y dulces en “El Muro”, donde parchan los mariguaneros del barrio: “Le vendo las cositas a la cometrápo de toda esta gente”. A Mecato se le mojaron los electrodomésticos, la ropa y el colchón. Ahora mismo su computador cuelga del tendadero. Tiene afán de trabarse, está “caballo” —como le dicen a ese amure—, pero el tipo con el

que comparte casa, Mauricio, le propone que primero almuercen. Un almuerzo al que invita la Cruz Roja, en compañía de dos chicas y un señor con uniformes de la Cruz Roja. Cuenta Mecato que los contactaron “porque que Mecato se metía a atarbaniar los pelaos, dándole pata a todo mundo”; una historia en la que Mauricio, con fechas y horas exactas, se extenderá más tarde. Después de ese primer contacto, la Cruz Roja les ofreció un curso sobre primeros auxilios, que se imparte desde hace dos meses, los sábados por la tarde, en la sede social de La Maracanán, y al que asisten cerca de veinte personas, entre ellas Mecato y Mauricio.

Mauricio también parece un muchacho, pero ya casi alcanza los cuarenta. Tiene la piel cetrina, una cicatriz en el rostro —media luna que rodea el lado izquierdo de su boca—, es delgado pero de músculos afilados. Se mueve afanosamente de aquí para allá mientras gestiona el almuerzo, con una diligencia parecida a la de John. “¿Vos quién sos? ¿Periodista? Yo soy muy preguntón. ¿No trabajás con Q’Hubo?”. No, le digo. “Ah bueno, porque al periodista de las comunas 5, 6 y 7 le dije: ‘Viejo, por amor a Dios, no escriba lo que no es, de buena, porque cuando usté llega acá nos toca hacer que las mismas personas del barrio lo cuiden’. Decirle eso, y al otro día sacar: ‘Tres muertos en La Maracanán’. Se pierden tres personas de un barrio más arriba, a los dos días aparece uno en un colchón, al siguiente aparece uno en un costal y otro dentro de unas bolsas. Los mastan a diez cuadras y nos los acomodan aquí”. Después dice: “No nos han presentado: mucho gusto, Mauricio, caravana”. Caravana, me explicaría luego, es un término “canero” (carcelario) que significa “un parcerero reparcerero”.

En la mesa, además del trío institucional, están otros dos líderes del barrio, Juan y Manuela, esposos. Ellos —Mauricio, Mecato, Juan, Manuela y John— fueron quienes atendieron la emergencia el día del aguacero. Mientras comen chorizo y toman uva, Juan cuenta que hace unos días estuvo en “una capacitación del territorio” a la que asistieron cerca de ochenta personas; les preguntaron dónde vivían: “De los habitantes de La Esperanza, ninguno se anotó en La Esperanza. ¿Dónde se anotaron? ¡En Castilla!”. “Qué bacanería de polémica, qué almuerzo más bacano”, dice Mauricio. Y Juan dice que no sabe qué pasó, que ellos se sabían de Castilla y un día dejaron de serlo: “En mi casa hubo un tiempo que se llamaba Castilla, después La Arboleda, ahora La Esperanza. Yo he vivido en tres barrios en la misma casa, y nadie me cree”. El

ciudadano dice que Castilla es... cualquier parte”, explicaría John más tarde.

Tras el almuerzo, Mecato y Mauricio se dirigen al muro, a un costado de la cancha, donde siempre hay pelaos fumando mariguana y dando de fumar al que no tiene. El muro tiene letreros, mensajes, manos de niños en colores y dos pinturas del Cristo Rey, una escultura de dos metros y medio que es insignia del Picacho, cerro tutelar que da nombre a uno de los barrios del Doce de Octubre, la comuna más densamente poblada de toda la ciudad. Dice Mecato que allí se fuma después de las cinco de la tarde, cuando salen de clase los muchachos de la Institución Educativa Los Comuneros, que está justo detrás. Ahora no hay mucha gente, y en realidad no estamos en el muro, porque llueve —truenos, relampaguea— y el techo del costado de la cancha no alcanza a taparlo.

Ya el humo enrojece los ojos cuando un jibarito de ojos verdes y cejas depiladas, delgadísimo, le pregunta a Mauricio: “Usté qué dice, ¿va a caer granizada otra vez?”, y él responde que no. Luego se le acerca una chica en choras. “¿Qué más mami, ¿vienes de trabajar?”, le pregunta Mauricio. “No, nada, estaba por allá en el Centro comprando unas chanclicas. ¿Me va a regalar un ploncito?”, dice ella. “Oiga, y por qué no”, dice él, y le rota el porro. Después Mauricio empieza a contar cómo lo encontró el aguacero, y alrededor suyo se va haciendo un corrillo de muchachos, adultos con apariencia de muchachos y un señor canoso al que le dicen ‘Corozo’.

Corozo vive en la esquina de arriba de esta misma manzana, y apenas se entera de lo que pasó ayer. No se dio cuenta de la inundación —él no se inundó—, ni le creyó a Mauricio cuando lo llamó a contarle. “Cuando yo salí, le dije a la mujer: ‘Eh, qué mano’ e hielo el que hay en la calle tan berraco, esto parece como en Europa”. Corozo es el representante legal de otra corporación que recién conformaron, y que Mauricio empuja con la ayuda de Mecato —y de John—. A veces Mauricio comienza las historias con un “estábamos-en-el-salón-de-la-justicia”, que no es un espacio concreto sino cualquier lugar donde estén él y Mecato, y John, y a veces una mujer llamada Celina que les ayuda con las tareas administrativas. En las fumadas hablaban mucho de crear una organización, y un día Corozo llegó a la personería jurídica. “La gente cree que la mariguana no es sino mala, y mentiras, eso no es así”, dice el señor.

Mientras habla, Mauricio sostiene un palo de escoba, “trofeo” del día del aguacero. Le cuenta a los parceros





la faena de rescate, el camino que recorrió montado en la película de darle alguna utilidad a lo aprendido con la Cruz Roja. Usa el cuerpo mientras acarrea la palabra, provoca risas, mira fijamente para calibrar las reacciones, rasca otro porro.

Unas horas después John se suma al parche, aunque no le gusta fumar en el muro ni en las gradas para evitar el viaje. John es un tipo elocuente y aborda ciertos temas con tono de burócrata, como si fuera la cuestión más seria del mundo. Cuando entra en confianza me pide que apague la grabadora y toca otros temas, con un tono distinto: el trabajo comunitario, las fronteras invisibles, las amenazas. “En los procesos comunales hay dos versiones: la del que está afuera, que dice ‘son unas ratas’, y la del que está adentro, que dice ‘no, es que a la gente nadie la llena’”. Yo puedo decir: ‘muchachos, no hay tejas, pero vea, tenga cada uno de a 500 mil’, y mañana están diciendo que yo soy una gonorrea: ‘mínimo le tocó de a un millón por cada uno y se quedó con la plata’. Y así es la vida, y realmente hay muchos que hacen eso. Yo le hago un ejemplo: ayer un güevón todo borracho bravíanome, isque: ‘quiuibo, qué pasó con las tejas’. Le dije: ‘vea, eso es pa la gente que necesita y usted no necesita’. Porque si yo necesitara una teja no estaba bienbendo, estaba comprando la teja, ¡jamé! ¿Sí sabe? ¿Qué están esperando? Que uno les lleve la teja... ¡Puede florar!’.

John habla con la suficiencia del que sí sabe. Sabe, por ejemplo, que el primer barrio que se asentó en la zona, en los años treinta, fue Pedregal, casi al mismo tiempo que Santander, el más antiguo de la comuna 6, y también que hay centenares de organizaciones, unas de papel, otras de puertas cerradas, otras como ‘La Corpo’. Sabe también que el cambio de vocación de Medellín entraña para ellos, los habitantes de la barriada, más peligros de los que la administración puede darse el lujo de admitir: “¿Adónde vamos a ir a trabajar, güevón? —le pregunta a Mauricio—. Los ricos no se van a preocupar porque ellos la tienen, los que nos vamos a preocupar somos nosotros, que cómo la vamos a conseguir si no hacemos nada que atraiga al turista”.

Tras la fuma, John se despide: “Los voy a dejar, muchachos, porque tengo la corpo abierta y está la chiquiteca”. Afuera de la corpo hay cierta tensión. Se oye murmurar que la gente que reportó los daños en el transcurso de ese día está molesta: pregunta cuándo es que van a llegar las tejas.

Dos

Mauricio compra un porro en la calle de Los Bananeros, en el segundo piso de una casa a cuyas afueras hay un mueble viejo. En el muro hay varios muchachos y adultos con apariencia de muchachos quemando, y un grupo de señores jugando parqués. En la cancha media docena de niños hacen montañas de arena para posar el balón antes de patearlo. Junto a los caspetes suena *Me bebí tu recuerdo* de Galy Galiano, varios viejos se emborrachan, una mujer y una niña comen empanadas, dos señores fritan chicharrón. En el costado sur un flaco sin camisa prepara el fuego para una frijolada.

De los cables de luz cuelgan tenis y guayos, unos quince pares. “Mami, la memoria, usted sabe. Son de dos muertos, de dos niños que ganaron la Liga Antioqueña el año pasado con un equipo llamado La Esperanza, y de otros parceros que se han tenido que ir”, explica Mauricio. Los muertos, contará luego, son ‘La Vaca’ y ‘Yoyo’. En 2005 los paracos los reclutaron, a ellos y a medio centenar de pelaos del barrio. La Vaca lo pusieron a mandar y luego lo mandaron a matar. Yoyo está desaparecido.

Mientras circulan cuatro, cinco, seis baretos, dos tipos conversan con Mauricio; el pitbull de uno de ellos, Dányer, da vueltas alrededor. “Entre nosotros tres hay como 35 años de cárcel”, dice él, que tiene seis hijos con tres mujeres diferentes: “Todos mis hijos son hechos en la cárcel”. La mujer que tiene ahora vive en el barrio Doce de Octubre, pero él tuvo un problema y no puede asomar por allá entonces ella le hace “visita conyugal” cada semana. Pero a los hijos los ve poco. “Así yo esté acompañando mi corazón llora porque mis hijos no están acá”, dice.

Mauricio tampoco puede ir al barrio San Martín de Porres (oriente), ni a Castilla (occidente), ni a Pedregal (norte), ni a Kennedy ni a Francisco Antonio Zea (sur). A casi 450 mil metros cuadrados, que es lo que mide La Esperanza, se reduce el terreno por el que puede moverse libremente.

Hace cerca de tres meses Mauricio tuvo un problema con la policía, a propósito de la decisión de poner allí la subestación de policía. Mauricio es cauto, evita los detalles, pero se sabe que la tomba lo cogió a “tabanazos” —descargas de *taser*—, y se comenta que enseñó su foto en los barrios aledaños y por eso no puede moverse; que los acusaron, a él, a John y a los demás, de ser “puros Bacrim”. Aunque las fronteras, dice Carlos Arcila, no son

solo para los muchachos que están metidos en vueltas, y a los de los combos les gusta que ahí esté la policía. “Mami, ¿sabés que debiéramos decir nosotros cuando llega la policía si fuéramos bien civilizados? ‘Eh, qué chimba, viene la policía a protegernos’. Pero esa gonorrea no viene sino a darnos palo, entonces suerte pirobos”, dice Mauricio.

Mauricio, criado en la comuna 6, fue un gran futbolista, y el fútbol lo llevó a jugar a Chile en tercera división. Allí tuvo un accidente automovilístico, y desde entonces lleva como recuerdo una “varilla de titanio” y una larga cicatriz en el muslo izquierdo, al lado de otra más pequeña causada por un disparo de fusil. Después Mauricio pasó por el Ejército, se salió porque no le gustó, leyó “libros antiguos” y se “desengañó del sistema”.

Entonces conoció el crimen. Pagó cárcel dos veces, diez años y medio en total. Robó, fletió, voltió, quién sabe qué más cosas hizo. Y tuvo dinero: 2.224 millones de pesos que guardaba bajo la cama en bolsas plásticas y cada cinco días contaba, hasta que lo agarró la policía y lo encanó por segunda vez. Mientras cuenta todo eso, con detalles más o menos inverosímiles que sin embargo nunca contradice, señala uno de los señores que juegan parqués y dice: “Si yo tuve plata, ese señor tuvo muchísima más. Los pobres no sabemos tener dinero. Se la bebió por la nariz...”.

Ahora Mauricio está listo para desandar los pasos del día de la granizada. “Usted no me ha hecho una pregunta: ¿Por qué John y yo nos la llevamos tan bien si él de izquierda y yo de ultraderecha? Porque se necesitan una mano derecha y una izquierda”, dice mientras recorre el costado de la Biblioteca La Esperanza. De ultraderecha, dice, y también uribista, porque le dio casa a la mamá, a la hermana, y subsidió a sus hijos durante ocho años. “Porque permitió que después de haber sido delincuente me formara como líder”. Porque antes, cuando ese señor era presidente, no había barreras invisibles: “¿Sabe por qué? Porque es mejor que la vuelta la lleve un solo bandido que muchos de diferentes lados”.

El día del aguacero algo lo empujó hacia la biblioteca. Ocupó un computador, se puso los audífonos, empezó a chatear con un parcerero. En la biblioteca y los salones, a esa hora de la tarde, había niños, adultos, ancianos. Lo sacó de la vuelta una profe: “¡Nos estamos inundando!”. En el curso de primeros auxilios le habían enseñado que lo primero era contar: siete niños, tres adultos. Se asomó a la puerta y vio que el agua bajaba a toda velocidad. No alcanzaba a entrarse, pero enfrente, en una especie de sótano donde funcionan los salones del Inder, escuchó gritos. Allí había otros siete niños, con el agua hasta el pecho, que rescató con ayuda del palo de escoba. Luego impartió instrucciones: levantar los cables del piso, subir los libros de los estantes más bajos, llamar al 123 hasta hacer colapsar las líneas. Luego salió y las pepas de granizo lo descalabraron. “Miro así, cuando esas casas de afuera llenas de hielo; mejor dicho, no faltaba sino un trineo con cuatro burros mijo, de buena”, había contado antes, en el muro.

Mientras camina por el costado occidental de la biblioteca, me enseña un agujero que abrieron en la pared de uno de los salones para sacar el agua, “cosa que estuvo mal hecha porque por ahí cabe un ladrón”. Con el palo de escoba liberó la barrera de hojas que se había formado al lado de la cancha inundada, y luego esparció la alerta entre vecinos: “Les dije: ‘muchachos, nos estamos ahogando en la biblioteca’. Cuando vuelvo y miro, ya no hay nadie, todo el mundo se puso entrampao. Y el negrito —o sea él, que a veces habla de sí mismo en tercera persona— siguió en la suya”. Preguntó en todas partes si había víctimas. Encontró tres señoras sentadas en la sala de una casa, paralizadas y con el agua a la altura de las rodillas, y les ordenó calentar aguapanela o chocolate. Vio que la casa de un vecino estaba sin techo y empezó a gritar, porque se le ocurrió que eso era lo que había que hacer, “yo soy del Comité Barrial de Emergencia, pinpunpinpún, vamos a escribir los daños y a pasar reporte”. Bajó por la 94 removiendo desechos con el palo, levantó el piso las motos que el agua había arrastrado. Se percató de que el propietario del billar se había cortado una mano y lo mandó al centro de salud en una moto, vio el negocio de pollo cubierto de hielo y pidió prestada una pala para despejarlo.

Le dijeron luego que en la quebrada estaba todo jodido. “Pero usted responde por mí porque usted sabe que nosotros no podemos bajar hasta allá”, le explicó al tipo que subió a buscarlo, y el tipo le dijo que él respondía.

Ahora, tarde de un domingo frío pero levemente soleado, nadie responde y el recorrido se trunca. Pero Mauricio sabe que en la corpo hay una periodista de un medio local, con un asistente y un camarógrafo, y que Manuela y Juan sí tienen permiso. Entonces despliega un operativo, con la dosis perfecta de amabilidad y adulación, para poder desplazarse con ellos: “Venga, vamos a encaravanarnos con esa gente, que Juan ya tiene permiso pa bajar allá. Tan bobo el negro, ¿cierto mami?”, dice, y se ríe.

“Allá” es la carrera 73 entre las calles 93 y 92b, a tres cuadras de la cancha —sector La Arboleda, límite entre los barrios La Esperanza y Alfonso López—. En la calle, a un lado de la quebrada La Cantera, hay una fiesta. Hula-hulas, una golosa, una pista jabonosa, una piscina de pelotas en la que una multitud de infantes chapucea. Los duros del barrio hacen fiesta cada 31 de octubre, por el día del niño, pero el viernes la lluvia no dio chance y por eso la fiesta es hoy. “Parce, vea, a pesar de todo la gente con ánimos de vivir”, comenta Mauricio mientras se mueve, afanosamente, de aquí para allá.

Al otro lado de La Cantera, en un pequeño callejón con una veintena de casas, el camarógrafo graba un tercer piso sin techo, mientras en el reducido espacio entre las casas y la canalización media docena de niñas con tiaras y vestidos esponjosos correetean. También hay piñata: el cumpleaños de la nieta de don Rafael, habitante del barrio. Nicol Dayana, se llama la niña, que ajusta cuatro años envuelta en un vestido blanco de florecitas azules, enfrente de la marca de agua que dejó la inundación.

Tres calamidades atendió Mauricio cuando asomó por acá. La primera, una mujer embarazada de 22 semanas que se quejaba de dolor en el vientre mientras sonreía, sentada en el único reducto seco de su diminuto apartamento, un cuarto piso al que se accede por unas escaleras estrechas. Se le quemó el televisor, se le mojó casi todo menos su cama y la de su niño de tres años, que correetea por la calle mientras ella, sentada en la acera de una casa, cuenta que solo fue un bajón de presión y que la dueña de la casa ya le mandó a arreglar el techo, gracias a Dios. En la entrada de la casa hay varios muchachos y de vez en cuando asoma un pastor alemán altivo y arrogante, propiedad de uno de ellos. Ahí, dirá Mauricio más tarde, está el tipo que los permisos.

La segunda calamidad la cuenta ahora ante la cámara un señor de cabello blanco y ojos verdes y vidriosos. Dice que está viviendo con la hermana en una piecita, unas cuadras más arriba, porque casa ya no tiene. Cuando llegó Mauricio, ni él ni su hermana estaban, pero llegaron a tiempo de verlo abrir la puerta con una barra, la nevera salir nadando, adentro el televisor y “qué montón de vueltas” flotando, y el piso de concreto levantado. Ahora el camarógrafo entra al pequeño apartamento, un sótano con el suelo convertido en un pantanero y olor a aguas residuales. “Las únicas personas que yo vi llorando fue esa gente”, dice Mauricio.

La tercera fue la pareja de viejos. Al lado de la quebrada hay una casita. Si no fuera por el olor a cañada, casi parecería de cuento, oculta entre plantas florecidas, árboles y helechos. Ese día, cuando pudo abrir la puerta, vio salir “toda esa agua a lo película o a lo licadura. Cuando yo pillé una viejita acostada en la cama, con el agua aquí a la mitad, y el viejito en una sillita, dándole gracias al señor. Ellos ya estaban encomendándose al cucho, mijo. Y vamos es pa afuera, y se pega esa cuchita a la cama, y el viejito coge el tabrete. No se querían salir. Y no van a salir. Les metimos dos psicólogas y una enfermera: no se van a salir”. María del Carmen tiene 87 años y Lázaro 88.



La periodista frunce la nariz mientras se dirige a la casa de los viejos por una senda llena de barro y desechos plásticos. Cuando abren la puerta, colgada por la inundación, asoma una señora de pelo entrecano que se niega a dar la mano porque la tiene mojada del ajeteo en la cocina. Adentro huele a humedad, un olor ácido y penetrante. A unos pasos de la sala hay un cuarto con un catre y un colchón que les dio un vecino —envuelto en plástico—, y en la entrada un perro muy pequeño amarrado. Se llama Minutos, pero María quiere cambiarle el nombre: “Le voy a poner es Paqué”. Y el apellido: Peligro. Va y muerde a uno, es un peligro”, dice, y Mauricio se carcajea. Luego cuenta que fueron a convencerlos de abandonar la casa: “Sí, vinieron muchos. Que saliéramos de aquí, que era mejor estar en otra parte, muchos consejos. Pero señorita, no Yo ime de donde murió mi mamá, mucho dolor... Que me hubiera quedado, como se dice, debajo de un árbol, pero si hay un rinconcito, yo me quedo por ahí”.

Quiero conversar más con ellos, pero Mauricio coge afán, dice “nos vamos” en un tono inapelable. Por qué, pregunto. “Sino que los muchachos ya nos dijeron... Usted tiene que tener presente que siempre es permiso...”. Afuera, don Rafael cuenta que los viejos llevan ahí más de cuarenta años, que no es cierto que ahí haya muerto la

mamá de doña María, que le compraron el terreno a una señora. Que tuvieron dos hijos, que a “todos dos” los mataron.

Ya nos vamos, pero antes “los muchachos” nos dan “el refrigerio”, gaseosa y un perro más bien reseco. Cuando terminamos de comer, un tipo, el duro, le dice a Mauricio “con confianza, con confianza parcerero, si quiere más, diga”, y Juan le agradece: “Mi Dios le pague y qué pena”. Más tarde, Mauricio me cuenta que conoció a ese duro en Bellavista, y que ahí, mientras la periodista hacía su nota y él daba vueltas afanosamente, lo reconoció por la cicatriz.

Tres

A mitad de la tarde del último miércoles de octubre de 2014 granizó en las comunas 5 y 6. El agua bajó por calles y canales, arrastró hojas y desperdicios, se acumuló en resquicios y llegó hasta la seis-ocho, como le dicen a la carrera 68 —barrio Castilla, comuna 5—, calle estrecha, franqueada por carros, siempre llena de gente, que ahora llaman bulevar. Convertida en un torrente oscuro, el agua inundó Ciudad Frecuencia, una organización comunitaria, ensayadero, estudio de grabación, teatro, sede cultural de esa Castilla, la comuna, tan diferente al Doce de Octubre aunque esté al lado. “Hay muchas formas de hacer los procesos

—había dicho antes John—, y abajo se hacen de manera cultural y acá se hacen de manera política”. Castilla, dicen, es música; y Ciudad Frecuencia, la organización que más apoya la escena musical de toda la Zona 2, donde hay cuatro festivales.

Hoy, 15 de noviembre, el festival de la 6 cumple diez años, y para festejarlos hay un gran concierto en el Parque Juanes de La Paz, sobre la carrera 65. A la entrada hay que pagar cuatro mil pesos, no tanto para sufragar los gastos de producción como para solidarizarse con Ciudad Frecuencia. Los Toreros Muertos cierran la programación del primer día.

Antes estuve en La Esperanza. A Mauricio le gustan Los Toreros Muertos pero no puede bajar. A los parceros que comparten porro con Mauricio les gustan los Toreros Muertos pero no pueden bajar. Mecato es el único que me acompaña. El festival, dice una valla al lado del escenario, pretende unir a las comunas 5 y 6 a través de la música. Ahora son las nueve de la noche, más o menos, y Mecato y yo escuchamos a Desadaptadoz, legendario grupo de punk de Castilla, el barrio. Caliche, baterista, agita las baquetas mientras canta. Y en mitad de la canción, como es costumbre, se da tiempo para una cantinela. Para decir, palabras más o menos, que aunque haya festival esta ciudad está cada vez más fragmentada. ☹



YAGÉ

En los instantes anteriores a la toma sentí que escribir en mi libreta podría ayudarme a dominar la ansiedad. Si alguien pudiera tener en sus manos el original vería garabatos más que palabras legibles. Haciendo un esfuerzo por descifrar mi propia letra y modificando apenas los errores de escritura producto de una mano temblorosa, transcribo las anotaciones de ese momento.

“Siete y media de la noche, vereda Tamabioy del municipio de Sibundoy, Alto Putumayo. Un quiosco amplio, piso de madera, media luz. En el centro, un fogón de piedras apagado y unos bancos muy bajos a su alrededor, que allí llaman pensadores. Cerrando la disposición en herradura de los bancos, un altar hecho de una rebanada del tronco de un árbol, sobre el que se apiñan frascos con raíces sumergidas en líquidos transparentes, manojos de semillas y de yerbas, un cristo de plástico y otras imágenes católicas. Sobre los costados de la maloca, hamacas colgadas. Hace frío. He traído un abrigo adicional para la noche, además de cobijas para la madrugada. Otras personas que van a participar en la ceremonia se han ido congregando en silencio. Los imito al tomar una estera y extenderla detrás de uno de los pensadores.

En este momento entra el hombre que he visto desyerbando en el jardín del taita hace un rato: es bajo y delgado, de facciones indígenas y piel muy oscura. Lleva pantalones de paño y saco elegante sobre una camisa blanca, una vestimenta que recuerda a los típicos indígenas culturizados de tierra fría que aparecen en fotos antiguas. Crucé un par de palabras con él cuando le pregunté si podía pasar a conocer la huerta. Me dijo que podía vagar a mi antojo. Comencé a caminar con cuidado, pues en esas huertas está todo revuelto y no hay eras visibles. Había gran variedad de plantas pero solo distinguí la marihuana y la ortiga, mucha ortiga. De salida me encontré con el taita Juan y me pregunté por qué quería hacer la toma. No supe qué decirle. Me dio cierta vergüenza no tener un motivo trascendental más allá de la curiosidad por los efectos de la planta. ‘Esta es’, me dijo, acercándose a un bejuco que se enreda fuertemente a los estacones de una cerca. No me esperaba ver allí el *Banisteriopsis caapi*, elemento esencial en el preparado del yagé, pues sabía que se cultivaba en tierra caliente. El taita me explicó que lo había traído hacía doce años del Bajo Putumayo y con suerte consiguió que prendiera. Toqué las hojas con respeto, como pidiéndoles que esa noche me trataran bien. Oscureció y en la casa del taita se encendieron algunas luces. El sonido de un clarinete salía de una de las habitaciones. Fui por mis cosas y entré al quiosco.

El hombre bajo y de tez oscura remueve las brasas del fogón y veo que aún queda lumbre entre los palos quemados. A la luz de esas llamas recién nacidas de las ascuas, calculo que el indígena debe tener al menos setenta años. Se me hace que es una de esas personas que aprendió a hacer de la humildad la mejor de las armas para sobrevivir. En este momento entra el taita Juan, ataviado con una corona de plumas de colores y un poncho tejido. El yagé no es de esta región, tampoco los accesorios del taita y menos los cristos sobre el altar. En la vida todo es mezcla

y combinación, quien busca la pureza se decepcionará. La ceremonia va a empezar y tengo que dejar a un lado la libreta y el lapicero”.

El valle de Sibundoy está cerca del Macizo Colombiano. Lo había oído mencionar en el libro *El río*, de Wade Davis, quien lo define como “el sitio con mayor concentración de plantas alucinógenas del mundo”. No sabía bien dónde quedaba hasta que me encontré con el padre Campo Elías en el aeropuerto de Pasto. Él me identificó primero entre los escasos pasajeros. No estaba vestido con sotana ni con clérigan y eso me despistó, aunque luego me dio tranquilidad. Tenía los rasgos de un indígena vaciados en un cuerpo de blanco; la voz suave y sinuosa de un agradable contador de historias. Cuando vimos desde un alto y entre brumas la laguna de La Cocha, y más aún cuando pasamos por el páramo de Bordoncillo, cubierto de frailejones, cuya luz radiante asomaba entre desgarrones de niebla, entendí que nos dirigíamos a un mundo aparte. Ya sobre el límite de la cordillera, abajo, se abrió de pronto la superficie el valle de Sibundoy.

La forma redonda del valle y su llana topografía se deben a que miles de años atrás este fue un lago apacible. En lo que debió ser el extremo occidental de ese lago está hoy el municipio de Santiago, el primero de los cuatro pueblos que hay en la planicie, junto a Colón, Sibundoy y San Francisco. Entre los cerros que rodean el valle, el de Patascoy, a 4.100 metros de altura, es el más nombrado, no porque antaño fuera sagrado para los pueblos indígenas, sino por la toma guerrillera del 21 de diciembre de 1997, en la que murieron diez soldados y fueron secuestrados dieciocho, un episodio en el que la guerrilla se preparó para varias horas de combate antes de encontrarse con una fuerza del Ejército nacional exangües y desatendidas por Bogotá.

“Retomo este diario a las diez y media de la mañana del día siguiente, en mi habitación, a donde me pasé a eso de las siete de la mañana desde el quiosco. Afuera suena un radio y las voces de niños que juegan. Por la ventana de atrás se ve la maraña verde de la huerta. A pesar de que no he dormido mucho, me siento sereno y lleno de energía. Lo que siguió a la llegada del taita fueron unas palabras pronunciadas por él a las doce personas que estábamos allí reunidas para la toma, sentados en los pensadores alrededor de la tulpa. Habló de los niveles de trabajo del yagé: síquico, físico y espiritual. Y de algunas posibles reacciones mentales y corporales. ‘Al momento de vomitar puede aparecer una serpiente que pide los fluidos, o tigres que hacen lo mismo’. Nosotros debíamos dejar pasar estas imágenes con la conciencia de que eran fruto de la acción de la planta. Dio instrucciones sobre dónde vomitar y cómo afrontar el paso del tiempo tanto en este trance como en el de la diarrea, pues algunos se quedaban dormidos en el baño.

Entonces, rezó un padrenuestro y procedió a pasar un líquido de una botella a una jarrita, y de esta última a una totuma, según la dosis para cada quien. Primero pasaron dos canadienses que, según explicó el taita, estaban en un tratamiento especial. Un fotógrafo bogotano contratado para tal fin les iba traduciendo. Luego fue llamando a

los otros, a veces con la mirada, a veces por intermedio del ayudante de tez negra. Había un muchacho del pueblo de Colón que tenía una parálisis avanzada del rostro, a quien acompañaba una mujer voluminosa, quizá su madre. Cuando lo llamaron a él, la mujer preguntó si no había problema con que el chico estuviera tomando droga siquiátrica. El taita le dijo, al punto del enfado, que eso se lo debió haber dicho con anterioridad. De todas maneras le administró la dosis. La mujer se echó a dormir en una estera y roncó toda la noche”.

Al recordar al taita rezando el padrenuestro, se me viene a la mente la figura de la virgen católica con cara de indígena con la que el padre Campo Elías oficiaba su misa diaria, a la que asistían no solo colonos católicos sino indígenas que se encomendaban a Cristo. Esa mezcla de iconografías, o sincretismo, siempre se me ha figurado una manera de defender lo propio cediendo un poco en la adopción de lo ajeno. En muchos casos los indígenas que más se opusieron al credo español fueron exterminados sin dejar rastro, mientras los que se dejaron permear sobrevivieron. El uso del yagé por parte de las comunidades de las tierras altas de Sibundoy, y es sí mismo una adopción de un elemento ajeno —del Bajo Putumayo y el Amazonas— del que paradójicamente se han vuelto maestras y protectoras.

La inclusión de imágenes católicas en el ritual del yagé no es para nada reciente. En sus *Cartas del yagé*, escritas en los años cincuenta, el escritor William Burroughs describe una escena que se repite: “un altar de madera con una imagen de la virgen, un crucifijo, un ídolo de madera, plumas y unos paquetitos atados a cintas”. Sin embargo, no siempre costumbres ajenas son introducidas de manera inofensiva. El aguardiente en algunos taitas ha diluido la ceremonia de la toma hasta convertirla en fiesta pagana. Wade Davis dio con una experiencia de ese tipo en Sibundoy en los años ochenta, y a Burroughs le pasó lo mismo en el Bajo Putumayo: “el más incurable borracho, haragán y mentiroso de la aldea es invariablemente el ‘médico’”. Burroughs suele ser agradablemente tendencioso en sus descripciones, pero según él casi todos los taitas le pidieron aguardiente antes de la toma de yagé. Esa versión me la confirmó el fotógrafo bogotano que acompañaba a los canadienses en la casa del taita Juan, quien en sus muchos recorridos por la selva asistió con cierta tristeza a ceremonias donde a menudo “la toma terminaba en rumba”.

“En el momento de ingerir la bebida no me pareció de mal sabor, aunque es amarga y astringente. Cuando se completó la ronda vi que algunos se acostaban en la estera o en alguna de las hamacas a la espera del efecto. Yo permanecí en el pensador haciéndole honor al nombre del banquillo, pues minutos después me sumergí en unas cavilaciones transcendentales producto de la ansiedad por la llegada de las primeras señales. En el fondo, lo que temía eran las visiones. Me preocupaba que estas fueran excesivamente fuertes y vinieran hacia mí como una aplanadora. Buscaba algo o alguien que pudiera acompañarme en ese trance. De un lado se me presentaba la imagen de un Dios benevolente aprendido durante mi niñez, y de otro, las imágenes de un universo infinito que respondía únicamente a sí mismo. Si pensaba en el primero sentía que me aferraba conscientemente a una ilusión, y si pensaba en el segundo venían a mi mente imágenes hermosas pero



sin ese mismo poder. Intuía que necesitaba fundir esos dos pensamientos en uno solo pero no lo conseguía, y luego comencé a sentir que no tenía el valor suficiente para decidirme por uno de los dos”.

Ahora que releo mis notas me sorprende la relación de aquellos pensamientos con las palabras del poeta Allen Ginsberg, escritas después de una toma en el Perú en los años sesenta: “Dios sabe que no sé a quién dirigirme al fin cuando espiritualmente las fichas se hayan terminado y tenga que depender de mi propia memoria”. Y también la coincidencia, en sus palabras, con la imagen mental que tuve más tarde, en el momento del vómito: “me sentí como una serpiente vomitando el universo”.

“Las flores se siembran en luna llena. Los fríjoles de a dos o tres granitos al lado de cada árbol grande, para que se enreden en sus ramas: de tres árboles sale un bulto. Fríjol *tranca*, domesticado hace siglos por los indígenas del lugar. *Jajañ* es el término para la huerta tradicional en kamsá”. Estas líneas corresponden a la visita que hice el día posterior a la toma a la casa de Conchita Juajibioy y su esposo José Vicente Jajoy, a las afueras del pueblo de Colón. Estuvimos conversando un rato en el comedor y luego salimos a recorrer al *jajañ*, ubicado en el solar al aire libre en la parte de atrás. Conchita pertenece a la comunidad kamsá —o kamentsá—, que es considerada la primera en llegar al valle y establecerse allí. No se conocen con certeza los orígenes de esta etnia. Su lengua está resurgiendo después de siglos de que las diferentes comunidades católicas intentaran desterrarla en favor del castellano. Conchita cuenta que le prohibían hablar en su lengua en el colegio de las carmelitas y le hacían ver su idioma como algo indecente. Ahora hay escuelas bilingües para los niños. De otro lado, su esposo José Vicente es de origen inga, la segunda comunidad indígena que convive en el valle con los colonos. Unos dicen que los ingas son descendientes incas llegados un poco antes que los españoles como avanzada militar del imperio. Otros dicen que eran gentes de origen quechua bajo el mando del imperio inca. Las costumbres de ambos grupos, así como sus miembros, se han mezclado en muchos aspectos.

A Conchita llegué por el padre Campo Elías, quien después de contarme sus experiencias con la planta me dijo que ella era la persona indicada para orientarme sobre con quién tomar el “remedio”. Me recomendó al taita Marcelino, pero este andaba en Popayán administrando el brebaje. De ahí que, hablando con Wilson Pajuy Mutumbajoy, un amigo del pueblo, fui remitido al taita Floro. Tomé un mototaxi y fui hasta su finca a conocerlo. Tal como ocurre con la mayor parte de las tierras de los indígenas, la suya queda en la parte baja del valle, que no es la mejor porque se inunda con facilidad —muchas veces con aguas servidas de las fincas del piedemonte y los alcantarillados de los municipios—. En una especie de mástil de madera había dos guacamayas coloridas que gritaban sin cesar. Floro apareció con vestimenta de trabajo: camisa de manga larga, sudadera y botas de caucho. Me pareció un poco serio pero confiable. Me enseñó el sitio reservado para la ceremonia: una habitación con piso de madera y colchonetas para descansar. Sin embargo, me dijo que esa noche la toma sería en la casa de una familia, a quien se había comprometido a curar. Las familias del valle tienen esta costumbre de cura colectiva, que llevan a cabo más o menos cada año. Incluso los niños pequeños consumen el yagé. Después de la ceremonia volveríamos

por IGNACIO PIEDRAHÍTA

Ilustración: Elizabeth Builes

a descansar a su casa. La incertidumbre de esa noche en un lugar desconocido me hizo dudar, así que prometí confirmar más tarde. Fue entonces que decidí visitar a don Juan. Había visto su sitio en internet: una casa con plantas por todas partes y la promesa de un despertar más tranquilo. Fui a comprobar, me instalé y salí a dar una vuelta por el jardín, con el permiso del hombre de tez oscura, que más tarde haría de ayudante en la ceremonia.

Abrumé con preguntas al taita cuando me mostró el bejuco del *Caapi*. ¿Qué plantas se mezclan con él para dar con el bebedizo final? ¿Cómo y dónde se encuentran? ¿Cómo se prepara? El taita me respondió a medias. Ese conocimiento no se transmite de buenas a primeras, no porque el taita fuera desconfiado, sino porque el procedimiento puede ser largo y complicado. El yagé, también llamado ayahuasca —“zarcillo del alma”— en el Perú, no es comúnmente el extracto de una sola planta. Aunque no puede faltar el *Caapi*, hay varias decenas de otras hierbas que se mezclan con esta según las costumbres del lugar, la disponibilidad y en especial los efectos que se quieran potenciar durante la toma. El etnobotánico Richard Evans Schultes y el químico Albert Hoffman listan en su libro *Plantas de los Dioses* 28 variedades de aditivos. La más importante de estas yerbas es la chacruna (*Psychotria viridis*), pues sus hojas contienen DMT, la sustancia visionaria propiamente dicha. Puesto que en el cuerpo humano hay una enzima endógena llamada monoamino-oxidasa (MAO), que desintegra esta sustancia antes de que entre al sistema nervioso central, es necesario el *Caapi* para que inhiba esta protección por medio de su alcaloide harmalina, y deje el camino expedito para que el alucinógeno ponga a viajar al cerebro los lugares inexpugnables, a veces incomprendibles y, en algunos casos, difíciles de aguantar para el paciente.

“Retomo a las diez de la noche del día siguiente de la toma. Mientras mi cabeza estaba envuelta en pensamientos trascendentales, una sensación de calor comenzó a concentrarse en mi frente y, minutos después, vinieron las náuseas. Salí del quiosco al patio empedrado y sentí que también necesitaba el inodoro, y enseguida estaba tambaleando, borracho, con las manos en la cintura como un jarrón vacilante. Avancé unos pasos y caí de rodillas. Sudaba por todo el cuerpo y traté de desabrocharme el saco, pero un centelleo de luces me lo impidió y me dominó por completo. Tenía frente a mí ya no la oscuridad del muro de árboles del jardín, sino una visión de rectángulos amarillos limitados por bordes negros, que a su vez formaban dobles pirámides en todo mi campo visual. No sé cuánto tiempo duró esta visión, pero no fue mucho, segundos o minutos.

Entré de nuevo al quiosco. Cualquier imagen que venía a mi cabeza representaba una pequeña historia que discutiría desperdigada en el espacio. Eran como ensoñaciones que tenían continuidad y danzaban en el recinto oscuro que se abría frente a mí, que nacían y se esfumaban en mi imaginación. Fueron largos momentos placenteros que poco a poco se fueron desvaneciendo. El taita nos ofreció una segunda toma. Esta vez la bebida me provocó el vómito mucho más rápido. Busqué las visiones en el cielo estrellado de las primeras

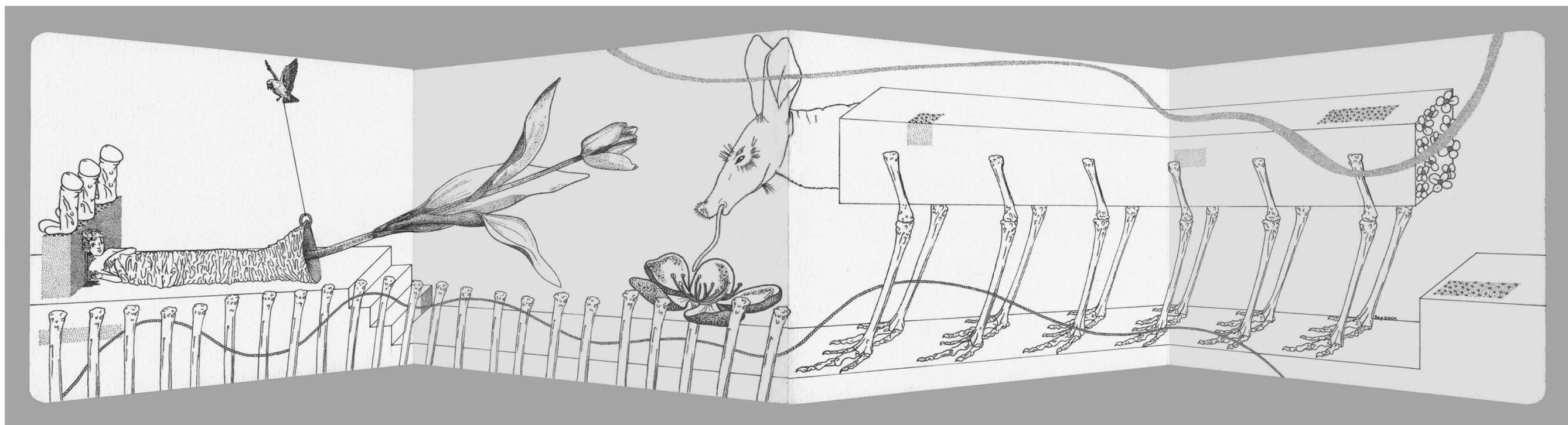
horas de la madrugada pero no aparecieron por ningún lado. No hubo una reacción diferente al mareo. Anduve entre el pensador y la hamaca intentando deshacerme de la borrachera, hasta que sentí unas fuertes náuseas y corrí al exterior. Esta vez sentí que vomité verdaderamente desde adentro, dos veces, con fuerza. Entonces, me figuré que era una serpiente expulsando mi propio veneno. Esta visión, al igual que la de las luces, fue efímera. Levanté la cabeza y vi al ayudante del taita que recorría la oscuridad con un sahumero. Se detuvo a mi lado y me hizo varios pases con la ollita incandescente. Sentí el calor en la piel. Me dijo que ya era el momento de la limpieza y que todo habría terminado por esta vez. Pasaron varias personas antes de que me llamaran. Había que sentarse en ropa interior en una silla frente al taita. Este hizo sus cantos, sus soplos con tabaco, pasó varios ramilletes de hojas por todo cuerpo, haciendo ademanes que pretendían sacar del alma toda impureza. Mientras tanto, abanicaba con las hojas y golpeaba suavemente la piel desnuda. Luego sentí que pasaba por mi cabeza un ramillete del que se prendían mechones de pelo. Entendí que se trataba de matas de ortiga cuando estas comenzaron a recorrer todo el cuerpo rayando, cortando, lacerando. Supe que tendría que aguantar hasta que el taita decidiera dar fin al tratamiento. El dolor terminó por dibujar una sonrisa en mi cara. Pensé entonces en la pregunta del taita sobre el motivo de mi toma, y se me ocurrió que podría ser la preparación para ser padre de un hijo, algo para lo cual me estaba preparando hacía tiempo, y que aquel justo momento era el símbolo de esa condición: una felicidad que podría llegar a ser dolorosa. Eso me dio más fuerzas para aguantar. Después, por fin, el taita se detuvo y me frotó con un aceite que iba sanando al pasar. Vinieron más soplos y golpes con hojas inofensivas hasta sentir mucho frío, que luego, al vestirme, se convirtió en una placentera sensación de calidez.

—¿Sí purifiqué? —me preguntó. Yo asentí en la penumbra.

Fui a acostarme sobre la estera. Aun me sentía mareado pero al mismo tiempo con una indescriptible sensación de placidez que desembocó en sueño. Desperté a las siete de la mañana y me fui a la habitación para seguir durmiendo. A pesar del traspaso me sentía lleno de energía y decidí ir a dar un paseo por el río. Nada me importaba sino las piedras y el sonido del agua. Un afluyente de luces me lo impidió y me dominó por completo. Tenía frente a mí ya no la oscuridad del muro de árboles del jardín, sino una visión de rectángulos amarillos limitados por bordes negros, que a su vez formaban dobles pirámides con cuidado, revelaban una forma alargada parecida a diminutos fosforitos dispuestos en desorden, sumergidos en la matriz cuarzosa de la piedra. Esto significaba que en un magma fundido bajo tierra se habían cristalizado primero los minerales negros libremente, y que luego el líquido blanco se había solidificado a su alrededor, acomodándose a sus formas delicadas. Ese viaje personal en el tiempo geológico se me reveló de pronto más vívido y colorido que nunca”.

“He pasado el día con sobrada energía vital. El taita me ha dicho que mañana me sentiré doblemente fuerte. No tengo sueño, pero sé que dormiré profundamente cuando decida hacerlo”.

Carlos Montoya
Bestiario 4
Tinta sobre papel
60cm x 15cm
2005



Latina Stereo ha convertido el gusto por la salsa en una especie de club, un parche sintonizado, un gran combo más allá de los combos. Para celebrar sus treinta años prepara con Universo Centro el libro de las palmeras, que será tinta y son a finales de octubre. Salsaludo a Las Plásticas.



Lindas, delgadas, de buen vestir

por GLORIA ESTRADA

Fotografías: Juan Fernando Ospina - Archivo Las Plásticas

Una noche a finales de los ochentas dos peladas de diecisiete años, bluyín y camiseta a la moda, cabello largo y copete alto, se arrojaron desde una camioneta en movimiento cuando esta mermó velocidad, a la altura del Puente de Occidente. Ayudadas por el miedo y bajo la mirada de los dos jóvenes borrachos que iban en la parte delantera del carro, corrieron cuesta abajo donde varias personas acampaban. Con el corazón en la boca, alcanzaron a decir que esos manes se las iban a robar. “¿Robar?”, “sí, nos iban a llevar quién sabe para dónde”, “¿pero no eran amigos de ustedes pues?”, “no, nos pusimos a conversar con ellos pero ya después no nos querían dejar ir”.

Diana y Cecilia se ríen al recordar que esos muchachos lindos, ajenos al paseo en el que ellas estaban, las buscaron después con linterna en el campamento, hasta que alguien con autoridad los obligó a salir. “Nos pasaron muchos cacharros y sustos como ese”, “pero, ¿por qué nos pasaban esas cosas?”, “¡por plásticas!”. Y se ríen más.

“Es que usted nos hubiera visto, éramos qué mamacitas, muy pintas, ¡con unos cuerpos!”, dicen una tras otra, Dora López, Diana y Gloria Naranjo, Cecilia y Elizabeth Restrepo, representantes vigentes y activas de ‘Las Plásticas’. Pero Elizabeth es la única que mientras lo dice desfila en las puntas de los pies, arrastrando las chancas por la sala, y metida en un pantaloncito ceñido que le llega a las rodillas y una blusa de manga sisa que resalta los gorditos en brazos, cintura y abdomen. “¡Aquí donde me ve, yo tenía mero cuerpo!”.

Han pasado más de treinta años y siguen siendo bellas pero ya no como cuando eran las niñas de doce y trece años que empezaron a parcharse con otras dos docenas de pelaitas en una manga de Belén Las Mercedes, el barrio donde nacieron, crecieron y se hicieron famosas.

“Nosotras nos íbamos para allá diez que a comprar empanadas y nos quedábamos a esperar los amigos que llegaban en moto o en carro para armar la rumba”; y la fiesta solía extenderse a la cuadra donde vivían y donde cada ocho días había baile público, con gente de muchas partes, pero liderada por las chicas más vanidosas del barrio.

“Nos pusieron Las Plásticas porque no nos juntábamos con los muchachos de aquí del barrio, sino que los amigos de nosotras eran de Santa Gema, de Laureles, del Estadio...”. Y llegaban a Las Mercedes atraídos por la manga



Eliza en sus días de modelo.



Baile en la casa de Las Plásticas.

grande y libre —donde ahora hay un taller y lavadero de carros— y, por supuesto, por las muchachas entre doce y dieciséis años dispuestas para el baile, la conversa, las sonrisas.

“Pero no éramos de cosas malas, no, Las Plásticas éramos sanas, no éramos de vicios, ni de hombres, no éramos alborotadas, lo que nos gustaba era callejar, y ¡eso sí!, éramos muy pinchadas”. Sin embargo eso de la sanidad no se lo creían las mamás, que les tenían prohibido juntarse unas con otras “por andariegas”. “Ya vas para donde esa muchachita”, me decían a mí cuando venía para donde Eliza”, recuerda Dora, ‘La Topa’, y ambas sonríen con picardía.

“Yo me mantenía en los bares de Palacé, El Suave, Brisas de Costa Rica, Caruseles”, dice con orgullo Elizabeth. Ella, que podría llamarse La Plástica Mayor, lleva la batuta en la conversa, con su voz gruesa y amanecida —anoche

estuvo en el concierto de las leyendas de la salsa, cantando, bailando, dando de qué hablar a los que estaban a su lado: “Uy qué catana pa bailar bueno”—. Con su cabello bien alisado, Eliza también lidera a las otras en la pasión por la salsa y su devoción por Latina.

“Yo muero por la salsa. Me encanta bailar. ¿Y sabe por qué yo aprendí a bailar salsa? Porque aquí cuando no había baile en la calle había baile en la casa entonces viendo la gente bailando aprendí yo”, baila Eliza, que tiene equipo de sonido en la sala y radio en la cocina, ambos sintonizados en los 100.9 FM.

Para cuando comenzó la emisora Las Plásticas llevaban dos años andando la calle, siempre en grupo: Ingrid, La Pelinchada, las Mora, las Giraldo, las Acevedo, Lisba y Merli, las Restrepo, las Naranjo, Vicky, La Topa, La Negra, Pasolento y una lista larga de adolescentes agrupadas por apodos o apellidos pues

cuando entraba una arrastraba las hermanitas para que le dieran permiso: “Había casas donde había tres y cuatro Plásticas”.

Así que para el año 85 Las Plásticas ya eran conocidas en Belén y el parche de la manga era concurrido por muchachos como ellas, degustadores de la salsa, de las motos y del trasnocho. Incluso, “Plásticos también hubo”: Los de Miravalle, Jaimito, Fifi, Checho, Darío El Cuajo, los de Las Violetas, Memo, Lalo... Pero ellos nunca fueron famosos, como ellas que se dieron a conocer en Medellín y sus alrededores gracias a los Salsaludos que mandaban por Latina Stereo.

“El primer saludo creo que fue cuando empezó el programa de los Salsaludos de noche, con Adriana Rave, ahí empecé yo a llamar”, dice Elizabeth. “¿Para quién fue? Sería pa mis hermanos, pa Fredy un pelao grillo de allí, pa Las Celis que eran muy salseras...”, parece juntar recuerdos Eliza, ella que es la que siempre llama, en los cumpleaños de todas y los 24 y 31 de diciembre cuando llega a Latina con una lista de amigos para saludar. “Allá me dicen ‘Plástica no se demore mucho’ y yo ya sé pero llevo mi lista”, y su hermana Cecilia aporta: “Es muy charro porque la gente le reclama a uno ‘ey Plástica usted por qué no nos ha vuelto a saludar’, ‘saluden pues que no me han vuelto a mencionar en Latina Stereo”.

En medio de sus historias, adobadas con alguna canción o el recuerdo de un bar o un concierto, Eliza se para de la silla y baila. “Uno creció con la salsa; aquí en la casa se escuchaba mucho la Sonora y mis hermanos tenían elepés originales y todo, ya después solo se escuchaba Latina”, recuerda.

“Hoy no tenemos prendida la emisora porque hay mucha gente, pero de resto en esta casa siempre se escucha Latina. Y cuando hay rumba llamamos para que nos pongan música o nos saluden”, coinciden todas. Es la casa de las Restrepo, Elizabeth y Cecilia, y además de sus tres amigas están sus hijas y la hermana mayor que todavía se sorprende con “las locuras” de sus hermanas Plásticas.

Después de que se acabó el parche de la manga, cuando ellas tenían entre 20 y 26 años, siguieron en su salsa: “Íbamos mucho al Son de la 70, y allá nos reconocían, claro que ya éramos más poquitas Plásticas porque se fueron casando y se fueron yendo”, dice Cecilia, que para ese momento se dedicaba a la peluquería y a trabajar en almacenes de ropa como la mayoría de sus amigas. Eliza, por su parte, alternaba su trabajo como recepcionista con las salidas a bailar y a escuchar salsa.

Hoy Las Plásticas son mujeres casadas, amas de casa y empleadas que no se pierden concierto salsero y que cada tanto se dan una vuelta por La Fuerza o El Suave. Solo las Restrepo se quedaron en Las Mercedes, pero dentro de poco se van de Colombia: ya se despidieron a través de los micrófonos de Latina. “Pero la vamos a seguir escuchando y mandando los Salsaludos”.

“A nosotras nos mencionan mucho en la emisora. Nos saluda gente que no hemos conocido y otra que hemos conocido por la emisora”. Y en los taxis, en cuanto se enteran de que su pasajera es una Plástica la miran de pies a cabeza y solo falta que le pidan autógrafo.

“Yo sí tengo que decir que me enorgullece decir yo soy La Plástica. La primera vez que fui a Chocho Salsa y él nos dio la bienvenida a la Vieja Chila y a mí, la gente ahí mismo: ¡La Plástica! Me da mucha risa porque todo el mundo se quiere tomar fotos con uno”, Elizabeth, la “mera bailarina”, la que más disfruta de la fama y la sostiene.

“¿Sucesoras? Las hijas de nosotros son más plásticas que nosotras. La hija mía que antes me decía ‘eavemaria má a usted le gusta esa música de mariguaneos y pillos’ y ya me dice que por qué no le enseño a bailar salsa”, dice Eliza, y remata: “Pero todavía estamos nosotras, solo que en ese tiempo éramos lindas, delgadas, de buen vestir”. Se ríen, y Gloria, como siguiendo la letra del tema de Blades asegura: “Pero ojo, que lo único que nos sale de la canción es lindas, delgadas, del buen vestir; la parte fea de la canción no”.



Cecilia, Gloria, Dora y Eliza, Plásticas vigentes y activas.



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

ANTIPOEMA

Yo, señor, no soy acontista. Mi profesión no es hacer disparos al aire, no he descendido ninguna nube.

Bueno sería curvar el arco, sí, y suponer el éxito de la flecha. Mas no tengo voces para tantos pájaros, azores y neblías, gerifaltes, tagres, sacres, alcotanes, halcones. No acudan a mi voz, pues no soy acontista.

Ni juglar en los mesones, ni revendedor de bulas, o tañedor de laúd, o engullidor de sables, o bufón en las ferias.

No diéronme a catar frutos de acendrada virtud, en bendecidas noches, damas de los castillos, ni las novicias de ya no sé qué iglesia, abadía o convento, cuyos votos de castidad resistieron siempre mis embates.

Mi profesión, si oficio es ello, es no hacer disparos al aire, no intentar la conquista de las nubes, volubles como los corazones... y —cual los corazones— siempre iguales.

Tampoco me he entretenido en cosas serias: no conocí al asno de Buridán, ni al propio Buridán, que estuvo en la Tour de Nesle. Algo de letras sí... pero pocos buenos vinos, poca vianda tierna, poco del mejor pan.

Señor, no soy acontista. No he descendido la primera nube. Libres de mis dardos azores y neblías, gerifaltes, tagres, sacres, alfanegues, halcones: no acudáis a mi voz.

Si tuvo flechas mi carcaj, todellas las he soltado...

Mi oficio —si oficio es ello—, es cantar la palinodia, es irrumpir en monótonos trenos. Nada más, nada menos. No he sido jugador de dados, ni asesino en ciernes, ni, en lontana ocasión, hurtador de sagrados vasos.

Tampoco he sido nunca aquel en cuyo abrazo desfallecía Matilde Urbach. Pero la vida está pasando, y ya no es hora de aprender.

CODA

Con ocasión de un trabajo que me ocupa por estos días, llegó a mi escritorio el nombre de Francisco Villaespasa, poeta y novelista andaluz, trotamundos, modernista a ultranza, ya casi olvidado, no sé si con justicia. Estuvo en Medellín, creo que en 1928, y aquí escribió un poema en homenaje a la ciudad, cuyo nombre olvidé; pero treinta años después se lo oí recitar a su hija, Lolita Villaespasa, primera actriz de la compañía teatral de Alejandro Ulloa, en uno de aquellos deliciosos “fines de fiesta” con que se despedían, tras largas semanas de estadía, las viejas compañías de repertorio, casi siempre españolas o mexicanas. Fue en el teatro Junín, por supuesto. Sito en la esquina de La Playa con Junín, donde hoy se alzan las ruinas del Edificio Coltejer.



DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Lo que a cambio de su amor él le ofrecía

por ELKIN RESTREPO

Ilustración: Mónica Betancourt

Gazú era un pequeño sinvergüenza que no llegaba a bandido. Cualquiera día había aparecido en el barrio, metiendo ruido con su enorme motocicleta Harley-Davidson níquelada, para dar comienzo a una historia que, con su breviario de bellaquerías, abusos y delitos menores, lo fueron convirtiendo en un tipo de cuidado. No enteramente un criminal porque aún no había matado a nadie pero, de examinarse la espiral de sucesos de los cuales era el protagonista, no demoraría en serlo. Eso se decía, pero yo no recuerdo que hubiera llegado a tanto. Gazú no era más que un pillo con ínfulas, un camaján con dos dedos de frente, repudiado hasta por su propia madre, que vino a enriquecer la reducida fauna barrial con la pieza que faltaba. Era bajo y musculoso y con su chompa negra, recargada de estopines, las botas de cuero volteado, además de sus aires de canalla y rebelde, así lo omitiera, aspiraba a ser la versión parroquial de Marlon Brando en *Rebelde*. Su caricatura al menos.

Quizás fuera a causa de esto que al principio nadie lo tomaba en serio. Pero pronto se las ingenió para que no continuara ocurriendo así. Con su pistola Beretta, convenció a más de uno que lo ponía en duda. Una serie de atracos a prenderías, casas de cambio y graneros, que nadie se atrevía a denunciar, terminaron por confirmarlo. Gazú se quedaba entre nosotros y, a su modo, aceptaba ser el villano que hacía falta en la gran familia. No hay rosas sin espinas, fue entonces el comentario de los ancianos de la tribu.

A Gazú lo conocí uno de aquellos sábados en que nos reuníamos en casa de los Ávalos a bailar con las amigas y a poner en práctica los nuevos pasos de rock and roll aprendidos en las películas de Elvis, Bill Halley y Resortes, el cómico y bailarín del cine mexicano. *Rock around the clock* y *El rock de la cárcel* eran los hits del momento y Rafael, nuestro líder natural, era el que más provecho sacaba de las prácticas, cuyo repertorio de figuras y pasos era cada vez más amplio, convirtiéndose pronto en un envidiable bailarín. Lo hacía con gracia y plasticidad, casi diría que las reuniones sabatinas se organizaban para verlo bailar junto a Nelly, la única con el talento y el valor para acompañarlo. En las películas hemos visto el tipo de maniobras y acrobacias que esta música exige para acoplarse a sus frenéticos compases, nada sencillos por cierto; tendrán así una idea de qué clase de fiestas eran aquellas y el tipo de saltimbanquis que éramos entonces.

Esa noche, cuando la reunión estaba en su punto más alto, se escuchó llegar una motocicleta. Al adivinar quién era, alguien corrió a mermarle el volumen a la radiola y el baile se detuvo, creándose un cierto suspenso. Recién comenzaba mi amistad con los muchachos de la barra y, en principio, me costó entender qué sucedía. A juzgar por la reacción general, de temor y curiosidad, el fulano no era esperado. De Gazú apenas tenía noticias, de suerte que fue una verdadera sorpresa ver aparecer aquel mentecato allí, cuya sola presencia imponía algo parecido al respeto. Enseguida vi que Nelly, desprendiéndose de Rafael con quien bailaba un mambo, fue a su encuentro y juntos, después de un saludo cariñoso, tomados de la mano, salieron a la puerta. El baile no se reanudó hasta que, pasados unos largos minutos, se escuchó otra vez la motocicleta que arrancaba veloz calle arriba. Nelly, me explicaron luego, era la novia de Gazú, cuyas apariciones en público, dadas sus deudas con la policía, respondían siempre a un cálculo: eran siempre sorpresivas y solo para verla a ella. Entre un encuentro y otro podían pasar semanas, todo dependía del cerco policial, pero las ausencias siempre eran gratificadas, pues el villano nunca aparecía con las manos vacías. Los regalos, de dudosa procedencia, valiosos siempre, se multiplicaban en la medida que el compromiso se tornaba más serio.

La pareja pronto se casaría, de ahí lo intempestivo de la visita del bandido aquella noche y la dificultad, para mí, de entender unión semejante. Esa era la bola que corría, confirmada por Holanda, la amiga cuya presencia allí explicaba a la vez la mía y que yo, entusiasmado por primera vez con una chica, esperando deslumbrarla, me retorciera en media pista como un epiléptico, intentando seguir el paso a los demás.

Tampoco ella entendía aquel noviazgo, y menos que la familia lo aceptara como la cosa más natural del mundo. Parecía que no les importara, decía. Si este fuera su caso, la reacción sería otra y el repudio inmediato. ¿No era como entregar una hija al sacrificio?

Había que reconocer, sin embargo, que Nelly no era una belleza y que, fuera de sus virtudes de bailarina y su casi inocencia en todo, estas no sumaban cantidad suficiente como para aspirar a un buen pretendiente. Quizás ella lo supiera, al igual que su familia, de suerte que, aceptando que el amor había tocado a su puerta, como parecía serlo, así fuera bajo la forma más taimada y desventajosa, lo mejor era hacerse de la vista gorda.

Tal fue el comentario de Holanda, a quien la suerte de la amiga la ponía en alerta. ¡Ni en el peor de los casos ella aceptaría tal cosa! Que se planteara tal posibilidad, así fuera remotamente, era una exageración. Holanda era una muchacha de particular belleza a quien los pretendientes le sobraban, disputándose una oportunidad. Que aceptara aquel sábado asistir conmigo al baile, tenía una explicación: yo era el miembro más reciente del clan y como las muchachas son noveleras, la ocasión no era para rechazarla. Pero mudables como son, yo temía que, pasado el primer momento, ella volviera la vista a otro lado. Por lo sabido, ya había sucedido con otros antes de mí. Ese temor lo disfracé del mejor modo, hablándole de Nueva York, a donde quería viajar para estudiar cine en la universidad de Columbia una vez terminara el bachillerato. A Holanda los ojos se le brillaron cuando se lo comenté, se trataba entonces de reforzar esa ilusión. Mientras Nueva York estuviera en el horizonte, tendría el corazón de ella cercano al mío, estrenándose apenas en amores.

Nos hicimos novios. En adelante no faltábamos al baile semanal donde, sin mojigaterías o prohibiciones, podíamos besarnos libremente, allí el ambiente era otro. En dos o tres ocasiones, que yo recuerde, la motocicleta de Gazú tronó afuera. En la última, sin pensar en riesgos, ni despegarse de Nelly, el malandro permaneció hasta tarde de la noche.

Gazú tenía manos gruesas y labios delgados de mujer. La camisa entera abierta dejaba al descubierto un pecho musculoso, de atleta y, junto con la Harley-Davidson y la pistola, que exhibía sin reato alguno, su mayor posesión la constituían sus botines de cuero. En conjunto, Gazú daba la impresión de ser una mala persona, pero sus ojos lastimeros decían otra cosa. En su indefensión, casi contradecían la mezquindad de su aspecto y, pensándolo bien, quizá fuera esta ambigüedad la que, en últimas, lo hacía más peligroso. Era fácil equivocarse con él.

Aquella vez, él se había quedado al baile porque la boda era ya un hecho, y se daba la oportunidad para conocer y compartir con los amigos de la novia. No bailó a pesar de que Nelly se lo rogó, en un varón como él no iban tal tipo de cosas. Aceptó unas cervezas y charló sin ataduras con Rafael, con quien se conocía de saludo. La cercanía con los demás fue más cautelosa, sin dar lugar a confianzas, pero su presencia no fue un obstáculo para que todo transcurriera normalmente.

Su presencia allí, no podía entenderse de otro modo, era una deferencia con su prometida, pues él no era persona de amistades. Sin embargo, con las mujeres, Gazú mostraba debilidades, escuchándose en un remedo de cortesía que le quedaba grande. En esos momentos, cuando se olvidaba de su rol, manifestaba de pronto una vulnerabilidad que casi lo convertía en prójimo.

Con Holanda intercambié las dos o tres frases de que era capaz, sin disimular la impresión que le causaba. Respecto a mí, un fulano cualquiera, dejó resbalar una mirada vacía, lo único que me podía ofrecer. Tengo que aceptar que aquella noche, con sus jeans y su blusa

de flores azules, escotada, mostrando ya la mujer en que se estaba convirtiendo, Holanda no dejaba indiferente a nadie. Receloso y sobreprotector, yo evitaba en lo posible que bailara con los demás y disimulaba mal mi irritación cuando esto sucedía, lo que era una torpeza y una inseguridad que, muy pronto, cuando la fiesta fue adelante, desembocó en una situación difícil de sobrellevar.

Cansada de mis caprichos, cuando menos lo esperaba, revoloteando entre los bailarines, Holanda fue y extendió las manos a Enrique, con quien yo mantenía diferencias, precisamente a causa de ella, pues en el pasado, antes de que yo empezara a participar de las reuniones sabatinas, ambos habían estado a punto de ennoviarse.

Cuando creía que aquello era cosa olvidada, he aquí que la muchacha tomaba la iniciativa, poniéndome en ridículo. Aunque intenté controlarme, fue inútil. Tomándola del brazo, le dije que era hora de irnos, pero ella, contra toda previsión, se rehusó, zafándose enseguida. Entonces empezamos a forcejear y ciego de la ira la abofetéé. Cuando iba a hacerlo de nuevo, de atrás vino una mano que atezó la mía, retorciéndola, y empujándome violentamente contra la pared. Al volverme, la sangre se me heló. Era Gazú, a quien no parecían gustarle las cosas y con una mirada que daba miedo (la otra, la verdadera) me enfrentaba. “De aquí —me dijo mordiéndose las palabras—, a nadie se llevan si no quiere”.

El mensaje, dicho como si se tratara del mejor de los consejos, no dejaba alternativa y ponía en evidencia mi cobardía al no responderle. Gazú, el bandido de Gazú, como un caballero, entraba en defensa de la muchacha y me ponía en muy mala situación. Busqué entonces respaldo en ella, al fin y al cabo era mi novia, pero ofendida, con una sonrisa irónica, dio media vuelta y regresó con Enrique. Que el hecho hubiera sucedido delante de los ojos de todos, me hizo aún más miserable. Mi única reacción fue escapar de allí, deseando que la tierra me tragara.

Holanda abandonó la fiesta después de hacerlo yo, eso me contaron, pero doy en no creerlo, pues luego me dijeron otra cosa. Al parecer, no todo terminó ahí. Se necesitó que pasara algún tiempo y que la sola mención de Gazú, muerto en una acción policial, ya no intimidara a nadie, para descubrir que entre él y la muchacha, a partir de aquella noche, hubo una cercanía tal, que puso en apuros primero la boda y, después, la estabilidad matrimonial, cuando Holanda, desoyendo incluso lo que pensaba de relaciones semejantes, traicionándose y traicionando a su amiga, se convirtió en su amante. Una amante que no ocultaba su condición y que tampoco rehuía acompañarlo en sus incursiones criminales cuando la necesidad de aventura se lo pedía, algo doloroso de explicar.

Aquella noche Gazú se comportó como un caballero, al contrario de a quien los celos habían convertido en un canalla, y es de presumir que así fue en adelante para que la decisión de Holanda, que torcía el camino de su vida, no cambiara. Eso y, ¿por qué no?, también el riesgo de balancearse en la cuerda floja de una vida peligrosa, que era lo que a cambio de su amor él le ofrecía. ☹



#MDE15

YA CASISITO

MDE15 ENCUENTRO INTERNACIONAL DE ARTE DE MEDELLÍN

OCTUBRE 2015 FEBRERO 2016

MUSEO D'ANTIOQUIA
- PLAZA BOTERO -

EPM 60 años innovando al servicio de la gente

- ✓ Bibliotecas con internet gratis
- ✓ Transformación social y cultural en nuestros barrios con las UVA
- ✓ Más jóvenes en las universidades con las becas que apoya EPM

Gracias a esto y al progreso de la gente, aquí nos queremos quedar.

60 años epm

Los caminos de La Sierra prometen tesoros, señalan rasgos de sangre, entregan tesoros, dejan rastros de sangre. Bajar la cabeza sorprende tanto como levantarla. Segunda entrega de una serie con dorsos, cuchillas, abismos.

1

Antes de San José de Maruámake un peñasco astillado se atraviesa al paso. Uno escucha que polvo y balastro fueron, o quisieron ser una carretera, rajada con dinamita y brazos que turnaban fusiles después de alzar el azadón. En sus mejores años las Farc robaron una retroexcavadora para concluir los trabajos, pero la roca fue más rebelde que los rebeldes, cerrándose con saña. La montaña se plantó firme y los guerrilleros abandonaron el propósito de tender un corredor vehicular estratégico, bajo su control, que conectara el sur de la Sierra Nevada de Santa Marta con los cañones del norte que convergen a La Guajira, de frente al Caribe.

El tránsito continúa a pie o en bestia, como hace siglos, acariciando la sinuosidad de los cerros pelados, rodeando vegas. Parece que entonces nadie comprendió el mensaje: la montaña jamás traza líneas rectas. Cualquier cruce, cualquier recorrido, obliga al desvío.

2

Cuando la secuestraron en septiembre de 2001, 'La Cacica', Consuelo Araujo, fue internada por Atánquez, el pueblo de los kankuamos. Viajaba en su camioneta blindada. El sobrenombre no era gratuito: La Cacica vestía un poderío cimentado en la institución terrateniente, con la que los políticos mandan en la costa como un ganadero dispone becerros en su corral. Pertenecía a aquella nobleza rural intocable, de fundos hasta donde la vista alcanza. Exitosa, carismática, muy querida en su tierra, Consuelo Araujo trajinó gobiernos y ministerios abanderada del vallenato, ese género literario disfrazado de parranda.

La infamia del conflicto la sorprendió en La Vega, una encrucijada a quince minutos de Valledupar, donde se deshacen las estribaciones de la Sierra. Alguien cree recordar la frase de un guerrillero, apodado 'El Indio Arias', viéndola descender del vehículo en medio del retén ilegal de las Farc:

—A ti era a la que andábamos buscando.

Consuelo amaneció en el caserío de Guatapurí encerrada en la camioneta, algunas guerrilleras custodiaban afuera. El operativo militar forzó a los subversivos a echar monte adentro. La camioneta blindada quedó al final de aquella carretera inconclusa, casi tocando el pueblo kogi de San José. El grupo se abrió en tres. Una escuadra giró al occidente buscando territorio arhuaco, otra volteó por Cherúa al oriente. Señuelos. El comando con La Cacica Araujo tomó hacia el norte, quebradas arriba del cerro La Bóveda, hacia los páramos. Una sobreviviente contó que la cargaban en hamaca al tenor de un bombardeo espeluznante. Aunque el Estado fue condenado por el desenlace fatal, las sentencias señalan a guerrilleros de las Farc de cometer el

asesinato, confirmando informes técnicos de la Fiscalía.

Pero en la Sierra Nevada, al único, se jura algo diferente. "A ella la mató el ejército, todo mundo sabe que fue un cruce de disparos", dice en Guatapurí una señora que vio el alboroto del secuestro. Pasada una década larga las Farc publicaron un elogioso perfil sobre La Cacica, actitud quizá cínica e insolente. Y aunque nunca aclararon las circunstancias del crimen, desde aquel septiembre sugieren que las balas cruzaron del otro lado, lo que en realidad no importa mucho. En un comunicado la guerrilla abrevia la tragedia: "de repente una unidad de las Farc se encuentra con ella entre las manos. Y juzga que por su prestigio puede servir para presionar el canje".

La historia del Indio Arias es más borrosa. No parece una persona sino varias. Se lo creía un muchacho ataquero que camuflado acabó tramando emboscadas y asaltos a pueblos en la comarca, asesinado a traición por los suyos, años atrás, cerca de Nabusímake. Otros piensan que era Samuel Galvis Arias, 'El Tigre', quien comandó el secuestro y fue capturado a los pocos meses. Sin embargo, en 2004 la tropa reportó haber matado al Indio en Guatapurí. Lo identificó como Tito Arias Martínez, a pesar de que en el pueblo dicen tajantemente que aquel nunca fue guerrillero: "lo cogieron a mansalva de madrugada, rumbo al cultivo de caña". Tito siempre vivió en paz en el caserío, cuentan. De pronto, el verdadero Indio Arias sigue con las cañadas como refugio.

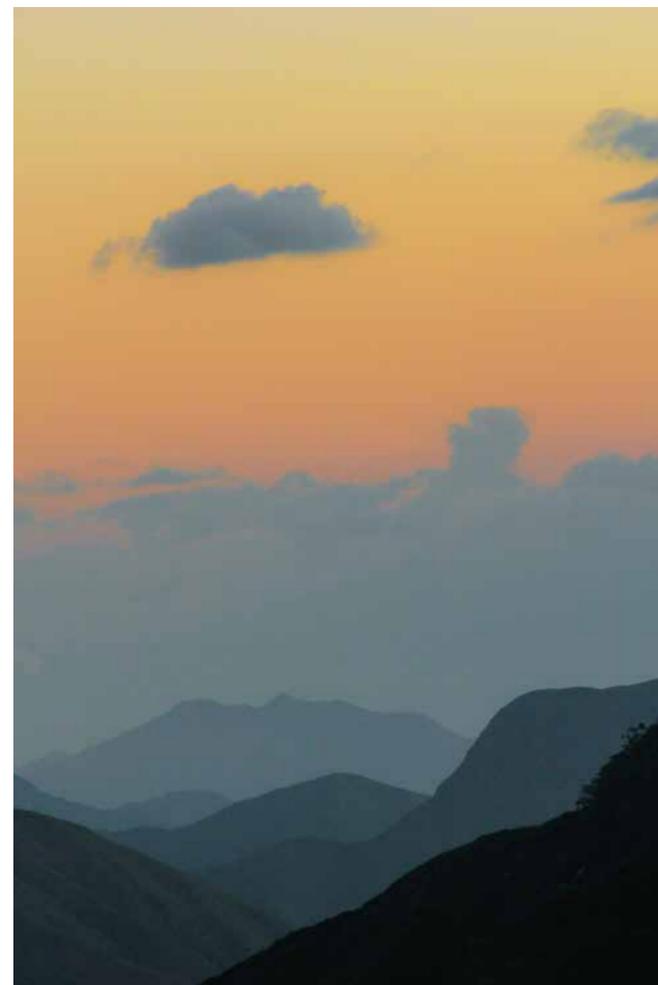
Y la gente sabe, aunque no pueda probarlo, que así iba naciendo la maldición de un apellido en toda la Sierra. Allegados de La Cacica terminaron involucrados en los sanguinarios escuadrones de autodefensa. Hernandito Molina Araujo, latifundista acaudalado y político de Valledupar, vengaría en represalias colectivas el asesinato de su madre Consuelo, aliándose con 'Jorge 40', cabecilla paramilitar responsable de incalculables matanzas en el Caribe. Por años corrió la voz de que los Arias eran auxiliares de la guerrilla. Equivalía a sentenciar la totalidad de los kankuamos: cualquiera en Guatapurí, Atánquez y Chemesquemena tiene un Arias metido entre los parientes, los vecinos, los amigos. O peor aún: en el documento de identidad.

Dos o tres kilómetros arriba de Guatapurí, empezando el camino que trepa a Maruámake y Makotama, antes de San José, un parabrisas roto se niega a desintegrarse en mitad de la trocha por la que anda una familia kogi descalza. Prospera tranquila una parcela cafetera con caña y frutales. Nada invoca el horror. Es lo último que quedó de la camioneta tirada al borde tanto tiempo, hasta que alzaron con la chatarra un trozo tras otro. Quien suba —o baje— va obligado a andar encima del parabrisas, pisoteado la última década por mulas y transeúntes, indios la mayoría. Renueva la humillación y el pavor. Lo estrujan, lo destrozan cada mañana.

Cuchillas de la Sierra

por CAMILO ALZATE

Fotografías: Rodrigo Grajales



En proximidades a la encrucijada donde la guerrilla secuestró a La Cacica, los paramilitares instalaron después un retén permanente. Atajaban todo lo que bajara de la Sierra. Muchos nunca volvieron a subir. En Atánquez, pueblo pequeño de piedra en las calles, ocurrían uno, dos, tres asesinatos por semana entre 2002 y 2003. A tres años del secuestro ya un centenar de kankuamos habían sido acribillados en represalia, supuestamente, por colaborarle a la insurgencia. Casi mil personas huyeron a otras partes del país.

No huelen a guerra reciente estas aldeas de atardecer sereno. No hay pintadas subversivas, ni patrullajes. Tampoco suenan ráfagas en la lejanía. Amable la gente. Confiada, acogedora. Curiosamente, en el pueblo vecino de Chemesquemena una ruinoso fachada conserva grandes letras con el nombre de La Cacica, aviso de eventos culturales, quizá viejas campañas electorales. El sosiego es matizado por un elemento llamativo: se ven más mujeres que hombres en Guatapurí. La razón la intuye uno sin preguntar.

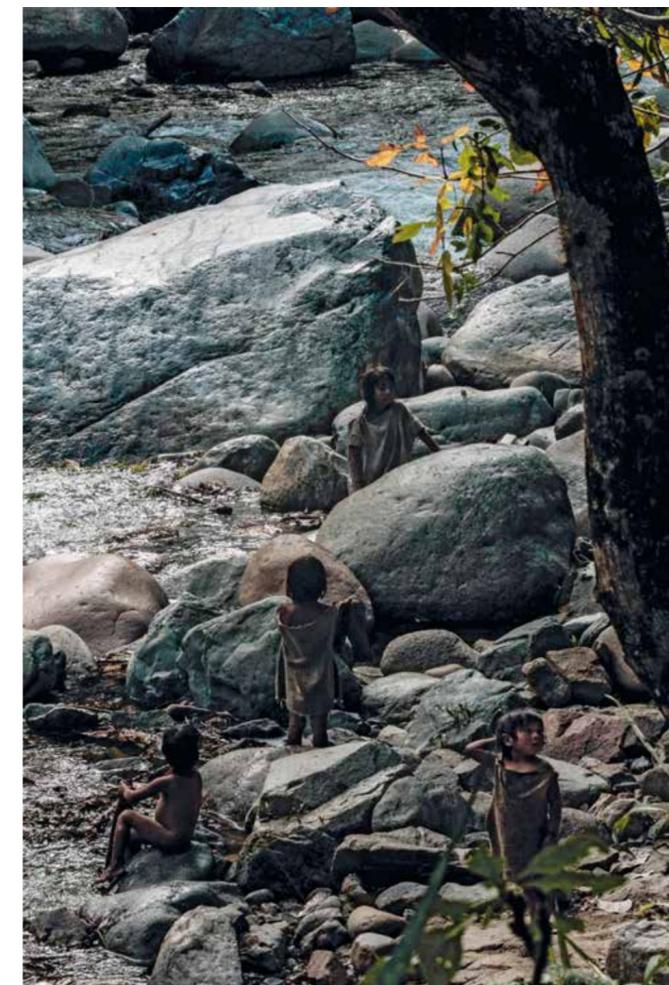
Judith teje mochilas de fique. Nació acá. No abandonó Guatapurí en los años duros. Recuerda cuando los paramilitares emplazaron retenes llegando al Valle en Patillal. Luego en La Mina. Luego en Rioseco, cada vez más próximos de Atánquez. Facturas en mano revisaban que las tenderas —los hombres no bajaban— cargaran mercancía con valor inferior a cuatrocientos mil pesos "para no abastecer a los guerrilleros". Un periodista comenta lo sorprendente del parabrissas sobreviviente a tantos años del secuestro: "Vimos el sitio donde murió La Cacica". Judith corrige: "Ahí no fue, a ella la mataron más arriba". El cuerpo apareció en La Nevadita, páramo agreste en los picos de la Sierra.

"Y solo por esa muerte nosotros ya vamos poniendo más de 350 difuntos". Lo dice un presente a media voz, sin querer. La conversación coge otro rumbo, siguiendo la trocha de arriba, aunque es imposible avanzar sin frenarse en los recodos, ni advertir que la mayoría de esas 350 víctimas comparten un mismo apellido. El apellido de cualquiera por estas lomas.

3

Gerardo Reichel-Dolmatoff recorrió por primera vez la Sierra Nevada en 1946. Era el papá de la incipiente antropología colombiana y la montaña aparecía semejante a una fábula recóndita, apenas insinuada en las crónicas de indias, bosquejada en acuarelas y narraciones de europeos que la exploraron fortuitamente hasta comienzos del siglo XX. Un Caribe supersticioso imaginaba aquella cordillera hermética, cuya nieve resplandecía a cientos de kilómetros. Adentro, sacerdotes indígenas advertían el porvenir, desataban pestes, reunían espíritus. Presidentes o aventureros o colonos analfabetas atribuían prodigiosas y desconocidas riquezas a la región. "De alguna manera —apuntó con escepticismo Reichel-Dolmatoff— la Sierra Nevada se consideraba y aún se considera a veces como una especie de paraíso perdido".

Sigue igual. Desde fuera nadie sospecha cicatrices. Las laderas ocres, idénticas, uniformadas de rocas plateadas, son capas que solo van descubriéndose al trepar. Los semblantes terrosos de los ika resaltan en túnicas y gorros de algodón. Piel, texturas suaves semejantes a las faldas de la montaña. Facciones fuertes, ojos inmensos que conversan solos. Una geometría misteriosa emparenta viviendas puntiagudas con





cerros triangulares, rostros de formas angulosas con horizontes en riscos, picos nevados con cabezas rematadas en blanco de los mamos indígenas. El paisaje va modelando un estilo de ser, equilibra la mansedumbre con lo abrupto.

“En ninguna otra parte del país —escribió Reichel-Dolmatoff— he encontrado tribus tan arraigadas a su tierra, tan conscientes de su historia y tan convencidas de tener una misión: la de vivir una vida ejemplar para una pobre humanidad desorientada”. Cualquiera en la Sierra Nevada, incluso los pequeños, repetirá este gesto al nombrar su territorio al forastero: los dedos y el barro rayan un círculo partido en cuatro partes iguales sobre el suelo; aquí los ika, allí los kogi, acá los wiwa, allá los kankuamos. Cuatro tribus hermanas que guardan el equilibrio del “corazón del mundo”.

Equilibrio, a veces nada más ensoñación. Durante la conquista las ciudades tayronas ardieron cien años. Sofisticadas infraestructuras de piedra y complejas terrazas agrícolas no son sino residuos de una cultura fabulosa enterrada bajo bosques y viruelas. Sin embargo, los caminos amurallados perduran cruzando la montaña. Allí penetró la colonización mestiza. Al principio solo negociantes de mochilas, de panela, de ganado. Esporádicos refugiados de las guerras civiles. Algunos misioneros capuchinos. Forajidos. Unos pocos inmigrantes alemanes. Uno que otro campesino socolando monte. Hasta que en la década del cuarenta el gobierno de Mariano Ospina Pérez, exaltado por aspiraciones grandilocuentes, creyó posible desarrollar una nueva industria de fibras en el país. Se importaron semillas para impulsar

el cultivo de cierto cáñamo índico que resultó una variedad excelsa de marihuana. Lo que sigue ya es legendario: los años setenta, los Cuerpos de Paz norteamericanos con la moda de la hierba, las frondas de “Punto rojo” y “Santa Marta Gold” floreciendo, avalanchas de colonos, de pistolas y balas. Pueblos como Mingueo brotaron de un soplo. Detrás, señores gordos, gafas negras y avionetas y buques saturados de “marimba” en los puertos clandestinos de La Guajira. De fibras nada, la Sierra ardía de nuevo.

La “bonanza marimbera” dejó poblaciones donde no había, tendió carreteras rasgando la selva. Un espejismo de paraíso bajo fuego. Lo de la coca vino tarde, aunque siempre estuvo ahí. El expedicionario alemán Wilhelm Sievers divisó en 1886 numerosos cultivos esparcidos entre el paisaje y escribió con entusiasmo que constituían “un hermoso momento de éste”.

Durante los noventa los colonos generalizaron el cultivo de la coca, o “hayu” en lenguas nativas. La hoja que los indios mascaban por tradición se convertía en la siguiente bonanza. Más selva fue quemada por nuevos colonos agravando el enfrentamiento con las tribus que perdían sus tierras ancestrales. Detrás, señores gordos, gafas negras, laboratorios de cocaína, camionetas, fusiles, encapuchados de distintos colores. Y enseguida un diluvio de glifosato que coronó el arrasamiento del paisaje. El Estado, presente al fin, fumigaba con veneno a indios y campesinos. La Sierra ardiendo. Otra vez.

Ahora se respira una quietud inusual. No obstante, las lomas conservan el rastro de aquellas bonanzas: deforestación, terrenos

agotados, cerros pedregosos sometidos a quemadas y erosión continua. “Ya no queda maíz por motivo que no hay monte para socolar”, explica un anciano ika del poblado Dos Bocas, donde el río Templado vierte al Guatapurí. Ambos mantienen caudales mínimos a causa de una sequía que se sospecha crónica. Jorge Eliécer Solís, comisario indígena en Sabana de Crespo, lo ratifica: “Antes se rozaba monte para sembrar el maíz, pero como ya no queda monte entonces no hay”. Los ika, llamados popularmente “arhuacos”, son amables con el forastero, alegres, conversadores, en disonancia con sus vecinos wiwas y kogi que aparecen reservados, parcos, tímidos.

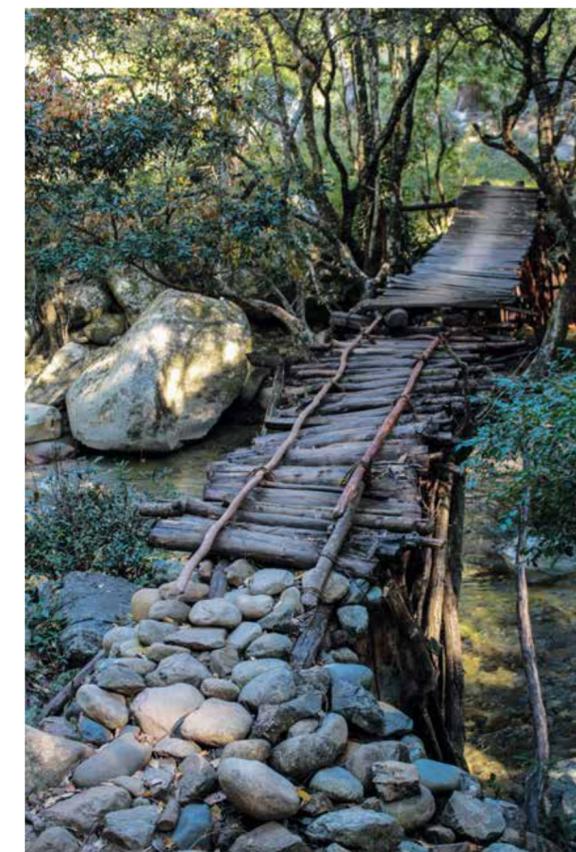
A los kankuamos, en cambio, ni los tomaban por indios. Mediaban entre el abajo y el arriba, nociones equivalentes a la civilización y el mundo primitivo originario. Su posición privilegiada, de enclave geográfico contiguo al camino que de Valledupar busca La Guajira, provocó un mestizaje acentuado que era casi inexistente en las vertientes norte y suroccidental de la Sierra. Dicha ubicación favoreció económicamente la comunidad atanquera y amenazó con disolverla. Los kankuamos sufrieron la “vergüenza india”, perdieron su lengua y parte de las tradiciones. En cambio, a galope de burro adoptaban la destreza mercante, de un poblado al otro, practicando trueque con los vecinos. El pasado familiarizaba, permitía meterse donde los blancos no podían.

Por la trocha que resbala pegada al río Guatapurí caravanas de kankuamos descienden negociando aguacates, naranjas, lana de ovejo, mochilas. Pequeñas recuas enfilan a las aldeas ika de Aguas Dulces, Donachuí, Dos Bocas, Sabana de Crespo, Pueblo Hernández,

donde los “kankuis” suelen tener parientes o ahijados. Traspasan incluso a localidades distantes varias jornadas como Nabusimake (núcleo de la cultura ika o “arhuaca”) aquella que fuera la San Sebastián de Rábago de la conquista. A los wiwa y kogi les suben mantas de algodón industrial a cambio de panela, café, fibra de maguey o productos agrícolas. Los kogi ocasionalmente arrean ganado de los páramos. Lo truecan a “los hermanitos” por ron artesanal (el famoso “chirrinchi” del Caribe), por pescado seco, sal, huevos de iguana, machetes o herramientas.

“Nosotros decimos que hay indios arriberos y abajeros”, explica Minellys, hija de Juan Bautista Izquierdo, veterano líder ika. “Los arriberos son más puros, muchos no entienden español, están metidos arriba, más lejos. Los abajeros ya están civilizados, cerca del blanco, en las tierras calientes”. Esta contradicción esencial que anotó Reichel-Dolmatoff en su momento, agita entre el “abajo” o el “arriba” las dinámicas de toda la zona. El pueblo de Atánquez mantiene tal conflicto fosilizado: el barrio alto se denomina aún “la arribería”, en cambio la plaza, la iglesia y los comercios fueron la “abajería”. Los “placeros” de abajo se consideraban hace medio siglo “civilizados”. Tachaban despectivamente, de indios, a los “arriberos”.

Enero es polvoriento, la intensidad del cielo, de un azul imperturbable. Dos muchachos arhuacos superan a paso largo la plaza de Atánquez. Bajan a Valledupar. “Oye tú, amigo, ven”, gritan de un local, “¿cuánto pides por las mochilas? ¡Te las compro, ven!”. Bonanzas y guerras cambiaron todo sin cambiar nada. Pareciera que Reichel-Dolmatoff hubiera llegado apenas ayer por la noche al corazón del mundo. ☪



Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia de la Universidad CES, **muy humana**

"A medida que las sociedades progresan, se amplían los círculos de empatía, es decir, nuestra capacidad para ponernos en la piel de los demás y sentir compasión por ellos"
Peter Singer - Steven Pinker

Pregrado en Medicina Veterinaria y Zootecnia
Código SNIES: 10923

Maestría en Medicina Veterinaria Equina
Código SNIES: 101690

Maestría en Medicina Veterinaria de Pequeñas Especies Animales
Código SNIES: 54128

Maestría en Salud y Producción Bovina
Código SNIES: 103253

UNIVERSIDAD CES
Un compromiso con la excelencia
Resolución del Ministerio de Educación Nacional No. 1371 del 22 de marzo de 2007
Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia

☎ 444 05 55 - Exts. 1515 - 1237
 📍 Calle 10 A No. 22-04 El Poblado, Medellín - Colombia.
www.ces.edu.co

La Universidad CES es una institución de educación superior sujeta a inspección y vigilancia del MEN

Un juglar del cine



por OSCAR MONTAYA

Fotografías: Archivo familia Roldán

Enock Roldán fue el cineasta colombiano más exitoso de su tiempo y sus películas se mantuvieron en cartelera durante años. Lo extraordinario fue que lo consiguió por fuera de los circuitos tradicionales de producción, distribución y exhibición. Él mismo financiaba sus trabajos, los dirigía y los llevaba en un Willys modelo 1953 hasta los lugares más remotos de la geografía antioqueña, y los proyectaba en pantallas hechizas cuando los dueños de los teatros no le alquilaban sus locales.

Enock Roldán fue productor, director, guionista, luminotécnico, editor, creador de efectos especiales y camarógrafo, en su faceta de cineasta; y fue publicista, proyeccionista, conductor y la voz del perifoneo, en su vertiente de empresario. En plenos años sesenta parecía un pionero de comienzos del siglo XX, de esos aventureros que recorrían pueblos y villorrios con sus equipos de manivela y le disputaban la clientela a magos, tragasables y vendedores de milagros.

"Filmamos hasta el Diablo"

Aunque nació en Santa Rosa de Osos, en 1915, Enock Roldán vivió la mayor parte de su vida en Bello. Se vinculó al cine como vendedor de acciones de Procinál, una productora creada en los años cincuenta por Camilo Correa. Luego fue arrastrables y aprendiz de Antonio Enrique Jiménez, un cineasta argentino

que llegó a Medellín a trabajar en Procinál. Después compró una cámara de 16 milímetros con la que se independizó y comenzó a grabar fiestas populares, corridas de toros, matrimonios, partidos de fútbol, todo lo que se le atravesara. Su lema era: "Filmamos hasta el Diablo". En 1956 fundó su productora Error Films, llamada así por las iniciales de su nombre completo: Enock Roldán Restrepo. *Luz en la selva* (1959), *El hijo de la choza* (1961) y *El llanto de un pueblo* (1965) son sus películas más conocidas. También grabó documentales y publicidad.

El cineasta Luis Eduardo Mejía, quien participó en la restauración de *Luz de la selva*, considera a Enock Roldán como un realizador de una intuición natural, "que supo llegarle muy hondo al alma popular, que fue recursivo y arriesgado en una época en la que prácticamente el cine nacional había desaparecido".

Reventando la taquilla

Siempre que Enock Roldán llegaba a algún pueblo antioqueño después de atravesar trochas y sortear desfiladeros, lo primero que hacía era revisar que su equipo de trabajo estuviera en perfecto estado. Dos proyectores, las latas que contenían las películas, el tocadiscos, el parlante de perifoneo, y dos telones, uno grande y otro pequeño, eran su tesoro más preciado. A continuación se presentaba ante el cura y el alcalde para evitar la censura o el veto, y antes de salir a pregonar la pu-

blicidad, pegaba a lado y lado del Willys dos vistosas pancartas con fotogramas y carteles.

La más exitosa de sus películas fue *El hijo de la choza*, que narra los contrariados amores de la madre de Marco Fidel Suárez y el posterior ascenso social de su hijo. Con una perorata en la que se mezclaba el melodrama mexicano con el estilo del culebrero antioqueño, Enock Roldán anunciaba la cinta por las calles de Abriaquí, San Andrés de Cuerquia o Cañasgordas de la siguiente manera:

"Señora, señor: deje ir a su hija y a su hijo a ver esta película, y veánla ustedes también. Es un ejemplo. Recuerden los amores de un hombre canalla que vieno a su novia en estado grávido la deja sola, esperando, esperando, esperando durante nueve lunas el tétrico deshojar de un calendario. ¡Vaya! Señoras y señores, esta película ha sido hecha con esfuerzos, luchas, hambre. Ustedes me perdonan los errores, pero fue hecha por un hombre con hambre, que quería mostrar el folclor de este pueblo antioqueño".

El hijo de la choza fue la primera superproducción colombiana. Algunas de sus secuencias se rodaron en Bogotá pero fue filmada casi toda en el casco urbano de Bello y en las mangas de Niquía. La película costó nueve mil pesos y recogió cerca de cien mil. Fue presentada en teatros, iglesias, parques, colegios, escuelas. Los curas la recomendaban desde los púlpitos y las monjitas la proyectaban en los conventos como una historia edificante. Solamente en una ocasión se topó con un sacerdote, de los que le

tenían tanta desconfianza al cine que censuraban hasta *Los diez mandamientos* y *El mártir del calvario*, que le negó el permiso para proyectar sus películas con el argumento de que el cine era un espectáculo pernicioso. Para cerrar la discusión le dijo: "Hágame el favor y retira de mi pueblo esos instrumentos de Satanás".

Una película de carretera

En un respiro de sus eternos años de trotamundos, Enock Roldán conoció a Ana María Valencia, una actriz aficionada que terminó siendo su esposa y mano derecha. Ella fue compañera inseparable de las giras del cineasta y empresario, además de proyeccionista, secretaria y encargada de la contabilidad y la taquilla cuando andaban en plan de exhibición. Cuando estaban rodando a ella se le encomendaban el vestuario y el control de los gastos.

Ana María Valencia también participó en un pequeño papel en la adaptación de *Una mujer de cuatro en conducta*, otra de las películas que dirigió Enock Roldán y que se refundió en uno de tantos viajes. Ana María fue una pieza importante en el rodaje de *El llanto de un pueblo*, la última producción del cineasta antioqueño que narra la desaparición del municipio de El Peñol para construir la represa de Guatapé. Fue otro éxito de taquilla que puso a soñar a Enock con nuevos proyectos. Sin embargo, a finales de los años sesenta el gobierno de Carlos Lleras Restrepo prohibió la importación de película reversible, el material con el que Enock Roldán rodaba y, para completar, en una de sus salidas, pasando por el alto de Santa Elena, lo intentaron robar y le hicieron varios disparos, lo que terminó por sacarlo definitivamente del cine. Aún así, su viuda recuerda aquellos años con una enorme emoción: "Yo con don Enock perdí un montón de miedos tontos que tenía. Me arriesgué a caminar de noche por los montes más oscuros sin ningún temor porque sabía que tenía un hombre fuerte a mi lado, que no iba a salir corriendo ante la primera escaramuza".

Sería un crack

Ya retirado del cine, Enock Roldán incursionó en la política como concejal de Bello, y en los últimos años de su vida volvió a su primera actividad: el perifoneo por las calles y avenidas del municipio que lo acogió cuando era un joven. Le hizo publicidad a cacharrerías, almacenes y carnicerías y, en algunas ocasiones, cuando lo asaltaba la nostalgia, armaba sus trebejos de ilusionista en una esquina de su barrio y presentaba de nuevo sus películas.

Enock Roldán fue un gitano de nombre bíblico que asumió con buen ánimo el declive de su carrera. Se burlaba de sí mismo al repetir una de sus frases para los créditos del final de su película: "Yo era un genio y acabé como todos: sin cinco y gritando en las calles como un loco".

Con el olvido que ha caído sobre su obra, Enock Roldán es recordado como el único realizador de su época que consiguió dinero haciendo películas, como un precursor del cine independiente, como un adelantado en la utilización de los escenarios naturales, como un personaje recursivo y carismático, que si hubiera rodado sus películas hoy, habría cumplido el deseo que dejó claro en una de sus últimas entrevistas, en 1985, pocos años antes de morir: "¿Teniendo plata? Eso sería mi felicidad. Con estas máquinas que hay ahora tan modernas, tan sofisticadas y hermosas, yo sería un astro".

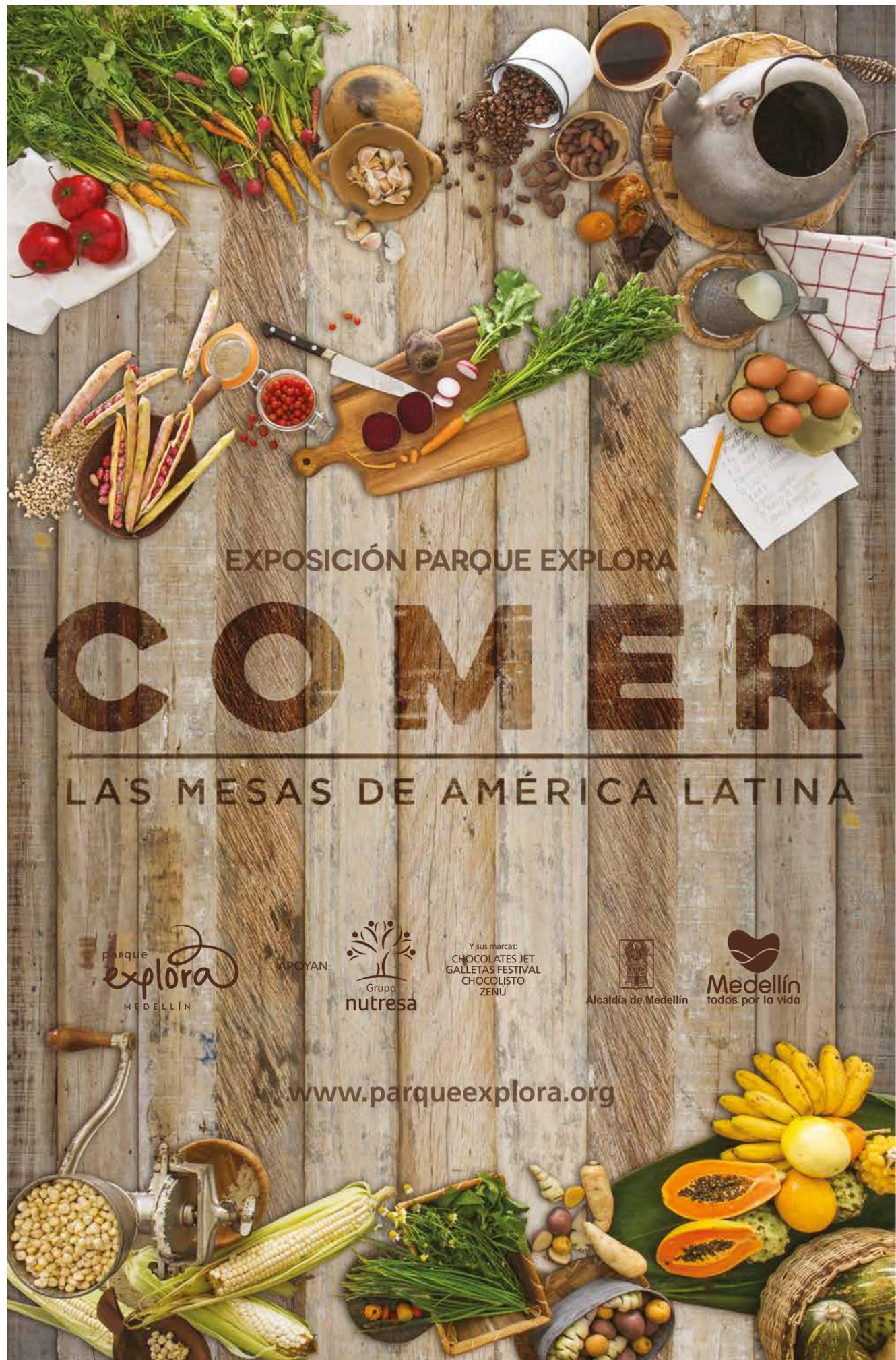



Ver, Pensar y Hacer

TALLERES DE PINTURA, DIBUJO Y GRABADO

ALBERTO GONZÁLEZ

Calle 11A No 43E-5 · 3° piso · 301
Tel. 2 66 10 01 · Cel. 311 219 54 33



Las celebraciones se enfocan desde otros ángulos
Los recuerdos se guardan en otros cajones
Las alegrías se comparten en otros sobres

Los ingredientes esenciales siguen siendo los mismos
Y los brindis siguen sonando igual

**Aguardiente
Antioqueño**

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD LEY 30 DE 1986
PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD LEY 124 DE 1994